

N o t a s

LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA Y EL JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD PABLO VI

RESOLUCION Nº 3

Por medio de la cual la Universidad Pontificia Bolivariana rinde homenaje a Su Santidad el Papa Pablo VI con ocasión de sus Bodas de Oro Sacerdotales.

El Consejo Directivo de la Universidad Pontificia Bolivariana,

CONSIDERANDO:

Que el próximo 29 de mayo celebra la comunidad universal el arribo a los 50 años de vida sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre Pablo VI.

Que el brillante jubileo sacerdotal de Su Santidad constituye un hecho trascendental en la vida del pueblo cristiano.

Que nuestra Universidad, por el hecho de llevar el honroso título de Pontificia, debe hacer manifestación sincera de congratulación por el acontecimiento que ha de celebrarse.

Que Su Santidad Pablo VI es nuestro Patrono y que su doctrina informa y orienta los propósitos institucionales.

RESUELVE:

1) - Hacer llegar al Santísimo Padre, Pablo VI, el sentimiento de inmensa congratulación por el arribo a los 50 años de vida sacerdotal, dedicados en una total entrega, a hacer el bien a la humanidad.

2) - Ratificar la filial adhesión a su persona y doctrina reiterando que ellas son caminos rectos para llegar a nuestro último fin.

3) - Elevar plegarias al Altísimo para dar gracias por el favor que le ha dispensado a la Humanidad al contar con la dirección sabia de quien ha sido supremo maestro de la verdad en un medio de confusión.

Notas

4) - Celebrar actos religiosos para rogar a Dios por las intenciones del Sumo Pontífice y de la Iglesia Universal y para que sus nobles aspiraciones de unidad, progreso y paz, incansablemente predicadas, logren la eficaz realización.

5) - En las cátedras de Doctrina Social y Orientación Pontificia que se sirven en todas las Unidades Docentes de la Universidad, aprovechar este jubileo para difundir los más importantes documentos del Papa Pablo VI y hacer conocer su obra inmensa.

6) - Organizar programas y conferencias alusivas al jubileo sacerdotal de Su Santidad.

7) - Divulgar el Pensamiento Pontificio como homenaje universitario a Nuestro Santo Padre, Pablo VI.

8) - Enviar la presente Resolución a Su Santidad, al Señor Nuncio Apostólico, al Excelentísimo Señor Arzobispo y hacerla pública a través de los medios de la comunicación social.

Dada en Medellín a los 20 días del mes de mayo de 1970.

El Presidente, *Monseñor Félix Henao Botero*

El Secretario, *Juan de Dios Giraldo Suárez*

HE AQUI EL GRAN SACERDOTE

Por **Carlos E. Mesa, C.M.F.**

Se llamaba Juan Bautista; ahora se llama Pablo. Tenía el nombre del precursor de Cristo; ahora el de su apóstol y anunciador entre todas las gentes. Ungido sacerdote de Cristo, hace cincuenta años, su primer ministerio transcurrió entre los jóvenes universitarios de Roma. Sucedió ello bajo el pontificado de Pío XI, el Papa de la Acción Católica, y en medio de los empujones imperialistas de Mussolini. El capellán Juan Bautista formaba sus juventudes para el servicio de la Iglesia y para las jornadas del futuro. Confiaba en la perennidad de la Iglesia; preveía la caducidad del fascismo. Ahondaba en teología, meditaba largamente sobre el misterio de la Iglesia y traducía a Maritain. En su biblioteca, los grandes in-folios de la Patrología y las últimas, selectas novedades eclesiales de Francia y de Italia. Y a ratos, para un descanso en la paz de la palabra bella, para una evasión hacia el mundo del arte, un tomito de Verlaine o de Mallarmé. Espíritu hincado en la historia y abierto hacia el porvenir. Conservador de lo esencial; pero escudriñador de los signos y las demandas del tiempo presente.

Llega un momento en que se despide de sus jóvenes y se aísla en su despacho de la Secretaría de Estado del Vaticano. Sobre su mesa se van acumulando memoriales y expedientes de toda la cristiandad; y él, silenciosamente, en la monotonía de sus jornadas laborales, va leyendo, resumiendo, resolviendo. Le asiste su saber teológico; su experiencia jurídica y canónica; su profundo sentido eclesial. En el Vaticano, por lo que atañe a las relaciones de la Iglesia con el mundo, hay una sola coincidencia: la del amor a la Iglesia y la voluntad de servirle con

acierto; en lo demás, como es humano, hay una pasmosa pluralidad. Uno es Pacelli y otro es Ottaviani. Hay quien simpatiza con Mussolini y quien le considera pernicioso; quien propicia el ecumenismo y quien reafirma la intransigencia de la Iglesia frente a las conferencias de los hermanos separados. Montini ama el diálogo, escucha todos los pareceres y expone el suyo con claridad, con firmeza, con perseverancia. Así en las postrimerías de Pío XI, el de la fe intrépida; a lo largo del pontificado de Pío XII, magisterio torrencial, majestad cada vez más solitaria. Montini sirve a la Iglesia en la diplomacia; pero no es un diplomático que dice misa, sino un sacerdote de Jesús que se emplea además en diplomacia. No es fácil superar su capacidad de trabajo. "Su temperamento —nos dice Silvio Negro— no se ha resentido lo más mínimo de la aplastante rutina de la vida de despacho". Ahí ha practicado la paciencia, el equilibrio, el espíritu de sacrificio. Y así durante treinta años. Un día, el primero de noviembre de 1954, Pío XII lo saca de los montones de expedientes y de la regia clausura del Vaticano y lo envía, convertido en pastor de almas, a la arquidiócesis de Milán. Y allá se traslada con sus noventa cajas llenas de libros, que son sus amigos inseparables, y con su estilo de vida sobria más de monje que de jerarca. El palacio, por voluntad suya, sencillamente amoblado; la comida, frugal; cuatro horas de sueño por la noche y una de siesta al medio día; la puerta franca para las audiencias y abierta para sus frecuentes salidas a visita pastoral. En las parroquias se interesa por todo; por el viejo artístico retablo, por las asociaciones, el movimiento bíblico y litúrgico y las publicaciones locales. Pregunta mucho, se informa detalladamente, va completando su visión panorámica del arzobispado. Milán tiene una historia eclesiástica de magnificencia no igualada desde San Ambrosio hasta el antecesor, cardenal Schuster; rito propio, santoral profuso, bibliotecas opulentas, templos que son museos; pero tiene también insuficiencia de iglesias, escasez de sacerdotes, comunistas e inmigrantes rurales por centenares de miles. Y comienza serenamente la tarea de recristianizar su diócesis. Como Pedro, de quien pronto sería el sucesor en Roma, se dispone a trabajar "en el nombre del Señor" según reza el lema de su escudo prelaticio. Gran misión de Milán para que toda su feligresía oiga de nuevo la palabra eterna de Cristo; construcción de iglesias sencillas y salas de recreación para los jóvenes; colegios, reformatorios; y hasta la venta de tierras y posesiones antiguas para poner el dinero al servicio de los pobres. El 28 de octubre de 1958 el cardenal Roncalli es elegido Papa; y Juan Bautista Montini encabeza la lista de su primer consistorio cardenalicio. Entre el Vaticano y la curia de Milán hay frecuentes comunicaciones y un periódico comunista habla del eje espiritual Roma-Milán.

La Providencia va preparando al futuro Pontífice mientras en la Iglesia soplan vientos nuevos y poderosos desatados por la caridad inmensa del Papa Juan. Cuentan —no sabe uno con cuánta exactitud— que cuando a las audiencias del Vaticano llegaba algún alto monseñor de Milán, el Papa Juan preguntaba sonriente: Qué hace en Milán el viejo Hamlet? Si con ello quería referirse al hombre que está en medio de las tempestades o tragedias de la Iglesia, la anécdota podría aceptarse, pero nunca para aludir a un hombre perplejo y dubitativo. Es verdad que Montini, como varón prudente, ama las ideas claras, pesa los pros y los contras y mide los pasos; pero la Iglesia entera lo ha visto acometer iniciativas que hace solo veinte años parecían imposibles.

Se sigue diciendo, entre periodistas, que Pablo VI es un enigma vestido de blanco. En reciente ocasión él dijo llanamente: "Soy hombre. Rezad por mí". Oírlo en sus labios es maravilloso y adoctrinante. Es un hombre; pero ungido por Dios

para la suprema plenitud del sacerdocio, aparejado con largas y ricas experiencias, avezado en el estudio, en la meditación, en los secretos del más alto gobierno, del más exigente y rico pastoreo. Se ha dicho que el sentido eclesial es un signo característico de los aristócratas del espíritu. Pablo VI lo ha poseído como ninguno. La Iglesia ha sido el tema de sus más prolongadas y sentidas meditaciones y también de su magisterio pontifical. A ella dedicó su primera encíclica y sobre ella sigue proyectando luces en sus frecuentes alocuciones. Se evitarían confusiones que siembran el caos si se leyeran sus enseñanzas sobre la iglesia jurídica y la iglesia espiritual, sobre la Iglesia puesta al servicio del hombre y al encuentro del mundo. Lo más docto, lo más jugoso, lo más atinado que hayan dicho los más descollantes eclesiólogos de nuestros días, como Rahner, Danielou, Congar, tan saboreados por el Papa, nos llega hecho claridad, autoridad y magisterio soberano en los discursos de Pablo VI. Por cierto, la oratoria de nuestro Pontífice goza de las más excelentes calidades. No se ciñe a los esquemas rigurosos de Pío XII ni es la improvisación feliz de aquel Páárroco del mundo que fue Juan XXIII; es un lenguaje directo, concreto, resplandeciente de aristocrática elegancia y tenso por la contenida pasión. Es el estilo de los mejores ensayistas franceses, pero sin nada de la frivolidad de muchos ejemplares ensayos. Más que escribir frases, las esculpe. Leyéndolo, se aprende siempre y se gusta el deleite de las páginas bien trabajadas. En nuestro Padre de Roma hay dos aspectos que me place recordar. Fue el Papa que, cuando muchos lo desaconsejaban, y aún teólogos de nombradía, declaró solemnemente a la Virgen María, Madre de la Iglesia. Y la visitó en Fátima y ahora en Cerdeña. Y ha sido el viajero de Dios. El anduvo por los caminos de Palestina, llevó a Bombay gentil el mensaje de la caridad cristiana, fue a la ONU con palabras de paz entre los hombres y vino, el primero de los Vicarios de Cristo, a nuestra América bautizada y problemática. Todos los colombianos le debemos especial gratitud porque quiso, en su paternal predilección, escribir la página más bella de nuestra historia eclesiástica.

LA PERSONERIA JURIDICA DE LA U. P. B. (Un capítulo de la fundación)

Por Guillermo Jaramillo Barrientos

Cuando se procuró crear esta Universidad Bolivariana, en momentos en que todos los que intervenían, profesores y estudiantes retirados de la Universidad de Antioquia, hacían las gestiones para conseguirle personería jurídica ocurrieron algunos detalles que puede ser conveniente apuntar para que no los arrope el olvido y los pueda tener presentes en un futuro quien se proponga historiar la génesis de esta institución.

Es sabido que conforme al Decreto Ejecutivo que lleva el número 1.326 de 1932 la documentación que se apareja para solicitar el reconocimiento de personería debe contener la copia de los estatutos, y que esos papeles se enviaban al Ministerio de Educación, por conducto de la Gobernación de Departamento, para que esa entidad diera concepto sobre si esos estatutos contenían algo contrario a la moralidad o al orden legal. Hoy los gobernadores otorgan la personería.

Notas

En el admirable decreto que dictó el Excelentísimo Señor Salazar y Herrera el 15 de septiembre de 1936, fue nombrada una comisión para que redactara los estatutos. Por virtud de esa providencia tuvo la nueva corporación personería de derecho canónico y asegurada la capacidad para funcionar. El entendimiento con las autoridades civiles vendría después. Ya no era mayor el riesgo que corrían los que dejaron las aulas conocidas para ingresar a otras nuevas.

Uno de los designados redactó, otro revisó y modificó el primer artículo, el tercero aceptó lo hecho.

El redactor recibió el encargo de aparejar la documentación y elaborar la solicitud de personería civil.

Ejercía de Gobernador en esos días un jurista de nota, quien a buen seguro, por las delicadas y numerosas actividades que tiene el jefe de la administración seccional, no pudo estudiar esos papeles personalmente y los confió a algún jefe de sección. Así debió ser pues el encargado dió informe afirmando que no era necesaria, ni hacía falta, ni tendría estabilidad la Universidad que se pretendía crear y que por ello debía ser negada la personería.

Llegó el expediente al estudio del Señor Ministro de Gobierno, y allá, haciendo de lado por inoportunas seguramente las apreciaciones del Gobierno seccional, y por cuanto encontró que en esos estatutos no había nada que se opusiera a lo solicitado, a lo exigido por las normas vigentes, dictó la Resolución N^o 48 de febrero de 1937 que dió plena vida civil a esta Universidad. Hizo la gestión en Medellín un abogado fundador y en Bogotá prestó ese servicio el Doctor Alfonso Uribe Misas, y firmaron la resolución Don Alfonso López como Presidente y el Doctor Darío Echandía, su ministro de Gobierno. En ese momento, con el optimismo que ha movido toda la actividad en esta Casa común, ya estaba creada la sección de Bachillerato, continuaba la Facultad de Derecho y respondían a lista quinientos muchachos en las aulas prestadas pero acogedoras.

Poco después el 13 de octubre de 1938 dictó el Señor Ministro de Educación la Resolución N^o 635 que aprobó los estatutos y reglamentos y admitió el reconocimiento oficial de los títulos profesionales, con lo cual finalizó esa etapa. La Bolivariana ha mantenido todo respeto a las autoridades civiles y ha recibido ya de ellas señalados favores.

LOS ARHUACOS, UNA RAZA OLVIDADA

Por Humberto Díez V.

Los Campamentos de Promoción Social, impulsados por estudiantes de las distintas universidades locales, principalmente de la Universidad Pontificia Bolivariana, e integrados además por damas de la Unión Seglar Misionera (USEMI), por estudiantes de nivel pre-universitario y universitario, y por profesionales y toda clase de personas interesadas en este tipo de actividades de carácter social, realizaron una temporada de convivencia con un grupo de las comunidades indígenas Arhuaca y Koghís, en el sitio Donachuy, localizado en las estribaciones orientales de la Sierra Nevada de Santa Marta, en jurisdicción del municipio de Valledupar, departamento del Cesar, y sobre el curso del río Guatapurí.

El Campamento desarrolló actividades entre el 18 de junio y el 7 de julio del año pasado, con participación de catorce de sus miembros de ambos sexos. La experiencia se repitió entre el 26 de diciembre de 1969 y el 14 de enero de 1970.

Las impresiones y conclusiones principales del grupo sobre la comunidad indígena Aruhaca, casi desconocida para los colombianos, pueden resumirse en los párrafos que publicamos a continuación.

El Arhuaco. — El Arhuaco tiene un sentido de exclusividad en sus labores, sin mezclar actividades de distinta naturaleza: cuando se dedica a sembrar, solamente siembra y cuando hace pastoreo, pastorea, y nada más. Por los días del Campamento, estaban dedicados a la construcción de una casa para el servicio comunal. Alrededor de ella giró nuestra actividad: acarreo de materiales desde sitios lejanos del poblado (cañabrava o “cañaboba” como ellos la llaman, madera, paja silvestre).

Para lograr una mejor comunicación con los Arhuacos, prevenidos contra la civilización por experiencias desagradables proporcionadas por actuaciones del hombre blanco, se recurrió a la colaboración en trabajos materiales, a las visitas a otros poblados del grupo indígena en la zona, a las indicaciones necesarias para la consecución de la personería jurídica para la junta de acción comunal, y a la recreación, que incluyó canciones vertidas al arhuaco, y actuaciones en esta misma lengua. Finalmente, durante el “bautizo” de la casa recién construída, participamos en un típico baile arhuaco.

A la llegada de los españoles a tierras de la antigua gobernación de Santa Marta, ya existían los arhuacos en las faldas de la Sierra Nevada. Cuatro siglos después, subsisten solo algunos núcleos aislados, porque muchos de ellos, por las persecuciones de religiosos y de colonos, y por las características del medio ambiente, han tenido que abandonar sus tierras y replegarse a las partes más montañosas, áridas y frías.

Donachuy, el sitio escogido por el Campamento, es un poblado que sirve como centro de las actividades públicas y administrativas de los indios de la zona. Lo componen la cárcel, la comisaría, la escuela, la enfermería, la cocina comunal, la cooperativa escolar, la casa de las misioneras seglares de USEMI y la que se terminó con la ayuda del Campamento, destinada a ser un dispensario.

Hay una letrina que sirve a las necesidades de los pobladores de toda la región.

Historia y tradición. — Según la tradición de los Koghis, primitivos habitantes de la región, “los arhuacos una vez llegaron y se quedaron”. Habían vivido antes en San Sebastián de Rábago, donde una misión los trató muy mal queriéndoles imponer su religión y quitarles la tradicional. Entonces, huyeron y se ubicaron en territorios de los indios Koghi, concretamente en Donachuy, quizás un antiguo cementerio koghi. (Al hacer el banqueo, para la casa del dispensario, encontramos dos tumbas o guacas koghi, al parecer muy antiguas).

La historia, entre ellos, prácticamente no existe. Solo algunos signos tallados en las rocas, pueden expresar pensamientos o hechos pasados. La tradición es transmitida de palabra, de unos a otros. Casi todos ignoran o saben muy poco de su tradición, la cual se ha diversificado por las distintas interpretaciones y porque muchos de los Mamús (sacerdotes), han muerto sin comunicarla.

Numerosas creencias y leyendas constituyen un patrimonio sagrado y científico.

Notas

El Mundo. — La tradición arhuaca gira alrededor de la naturaleza, y de sus héroes míticos. “Nankua, rey moro o profeta, es llamado así antes de haber sol. Después de la aparición del astro, su nombre es Kakaruabiku, creador de todo lo que existe. Kakaruabiku (o Serankua?), a partir de un punto y formando una espiral, se fue manifestando y expresando; la espiral no tiene fin y cada vez va creciendo más y más a medida que el tiempo avanza y los indios se van reproduciendo y colaborando con su creador”. (Informe de Beatriz Toro, miembro de USEMI).

Su concepto sobre la creación del mundo es antropomorfo: Kakaruabiku tiene padres e hijos. Este es el rey primero; Atinoba es la primera diosa, quien les enseñó a las guatis o indias a tejer la mochila. Luego, ella se convirtió en laguna, la que se observa en los picos nevados y tiene su mismo nombre.

La mentalidad arhuaca concretiza sus espíritus: a los dioses los dibujan como hombres indios vestidos con sus trajes característicos. Sus divinidades son de características antropomorfas y el mundo es explicado a semejanza del hombre. Así, el mundo es como gente; la tierra, una mujer fecundada por los árboles que penetran en sus entrañas, y por eso a ellas es prohibido abrir la sepultura para enterrar a un muerto. El oro y los tesoros son como el corazón de la tierra, y porque los han sacado, la nieve se está agotando y se están secando los ríos. El agua de los ríos son su sangre y las rocas son sus huesos.

Los espíritus malos causan las enfermedades, las malas cosechas y todas las calamidades. Los pecados (intranquilidad de la conciencia) son causa de enfermedades, de castigos y de malas consecuencias personales o sociales. Para liberarse de ellos, utilizan las confesiones simbólicas, como bañarse siete veces siete como medida de purificación, en los lagos sagrados o en arroyos especiales. Además, se usan los “pagamentos”, que consisten en hacer regalos útiles o bonitos a los Mamús o sacerdotes, para que por medio de ellos lleguen a manos de los dioses. Otra penitencia consiste en hacer trabajos sin remuneración, para toda la comunidad. Para ellos, además, la salud es la más perfecta armonía entre el hombre y los espíritus.

Religión. — Entre los arhuacos de Donachuy, existen tres religiones: la evangelista, la católica y la tradicional. Esta última es la más generalizada.

En ella, tienen un sacerdote o profeta llamado Mamú, encargado de conservar la tradición. Sirve además como médico, oficiante de los cultos religiosos, depositario de las “ciencias ocultas” y mediador entre el hombre y los poderes sobrenaturales. Su misión dura toda la vida y por lo general tiene un ayudante, casi siempre un joven aprendiz de las ciencias para llegar a ser Mamú. Esto puede lograrse por herencia, por educación, o por predestinación.

El predestinado debe recibir una preparación muy esmerada desde los cinco años de edad, cuando se pone bajo la tutela de un Mamú viejo a quien acompaña en todas las ceremonias. Ha de tener un régimen alimenticio especial, y cuando llega a la edad de casarse puede hacerlo con una joven virgen indicada por el Mamú instructor.

Quien recibe el cargo de padre a hijo, debe someterse al mismo sistema.

El Culto a los Muertos. — Cuando alguien está moribundo, lo sacan de la casa para que los malos espíritus no se queden dentro. Una vez que muere, lo entran a la casa y lo colocan al pie de la puerta, en posición sentada, parecida a la que guarda el hombre antes de nacer. Llegan familiares, conocidos y vecinos. El

Notas

Mamú determina cómo será el entierro de acuerdo con la causa de la muerte y dirá si ésta fue natural o producida por el pecado.

Nadie puede llorar: las lágrimas aumentarían el caudal de los ríos impidiendo así el paso del alma al lugar de los muertos, el Cerro de Nieve "Chundua". Hay fiesta: beben, bailan, se emborrachan. Escogen sepulturero y lo entierran de oriente a occidente en la posición antes indicada. Antes de tapar la sepultura, le ponen dos mochilas y un calabacito con guarapo, y lo rocían con aguardiente. Sobre la tumba ponen una piedra en forma vertical.

Los familiares hacen trabajos comunales y "pagamentos" para que el espíritu llegue muy rápido al lugar de los muertos. En la casa ponen manojos de yerbas en todas las esquinas para que no entren allí los malos espíritus.

El Bautizo de las Casas. — Cuando los arhuacos construyen una casa, creen que ella es "una persona en otra parte", y "le dan de comer" durante la ceremonia del bautizo. Participan en ella todos los que colaboraron en la construcción. Primero, entran el Mamú, su ayudante y los jefes de la comunidad. Luego, llevan fuego y prenden un fogón en tres piedras en el centro de la casa. Sale el Mamú con unas hojas de frailejón, moviéndolas y haciendo círculos con sus brazos, y las deposita en las puertas y en las ventanas. Esto se hace para arrojar de la casa a los malos espíritus.

Luego, los presentes "se confiesan" simbólicamente con el Mamú. A cada uno le entregan dos hojas de capacho de mazorca, que deben sostenerse en cada mano en actitud de lectura, pues son dos libros en los que cada uno debe "escribir" con su mente todas las cosas que pensó mientras hacía la casa. Los pensamientos pueden ser: Para qué pensó hacer la casa? En qué la usaría? Tuvo hambre mientras trabajaba en ella? Quería terminarla rápido? Luego, las hojas se doblan, se enlazan con otro trozo de capacho y se le entregan al Mamú.

Al otro día, preparan una especie de sancocho, no para que lo coman los participantes, sino para que alimenten la casa, que "es gente en otra parte". El sancocho se va colocando de a poquitos, enterrado en el barro de las paredes o en el suelo, en las puertas, en el techo. La ceremonia produce además como efecto que nadie que llegue a la casa pase nunca hambre y para que nunca falte en ella la comida.

La fiesta del bautizo dura dos días con sus noches y en este tiempo los indios no paran de bailar al son de una melodía que dura una hora, y la empatan sin interrupción, mientras todos beben mucho licor y los hombres mascan coca en forma permanente.

Aspecto demográfico y étnico. — En la comunidad arhuaca se observa el mestizaje por las relaciones con el hombre civilizado y con otras razas indígenas como la guajira o la motilona. Con estas dos razas los cruces no son frecuentes pero los atanqueros (habitantes civilizados de Atanquez), van con frecuencia a negociar con los arhuacos y obtienen contactos sexuales con las indias durante esas correrías comerciales.

El arhuaco medio es de tez oscura, ojos negros, cabellos lacios, largos y negros. La nariz es ancha, la boca grande, la frente amplia, los pómulos salientes.

Los que no mascan coca tienen dentadura muy bonita y los dientes blancos y grandes. El hombre tiene estatura mediana (entre 1.60 y 1.70), un poco más que el tipo común de indígenas. La mujer es más redondeada y de estatura un poco menor que la del hombre. Son muy resistentes al trabajo, y en esto influye

Notas

el uso de la coca. El tipo Koghi es más bajo que el arhuaco, sus rasgos más asiáticos y sus formas más redondeadas.

A los arhuacos y koghís, a diferencia de otras comunidades indígenas, no les deprime y por el contrario les halaga, les da gusto y orgullo el ser llamados indios, aunque ese orgullo va decayendo entre los grupos máás integrados a la civilización. Sin embargo, la emigración es poca, justamente por su íntima satisfacción indígena ancestral. En el lado opuesto adonde se realizó el campamento, la emigración es abundante por la invasión de los colonos que cada día desplazan más y más al indio de las estribaciones de la Sierra.

Lengua. — La lengua de los arhuacos y koghís parece tener origen en la chibcha, y no tienen escritura. Unos pocos hablan el español, pero las mujeres casi nunca lo hacen, por temor a que eso esté mal. Las familias mandan a la escuela, a aprender a leer y a escribir, a algunos de sus hijos, pero dejan en casa a varios de ellos, para que aprendan la tradición y no las cosas de los civilizados. La enseñanza del idioma a los niños se realiza por medio de la música, de modo que se familiaricen con la lengua castellana.

Habitantes. — En cada familia hay un promedio de siete hijos, pero el indio cuenta también los hijos muertos. Por eso, y porque el indio viaja mucho a sus distintas finquitas en la Sierra, es muy difícil realizar un censo. No obstante, puede calcularse en 450 el número de habitantes de Donachuy. El promedio de vida es de 35 a 45 años, comprendida en la tabla la mortalidad infantil, muy abundante entre arhuacos y koghís.

Costumbres. Adornos. — La india lleva collares de varias clases: de pepas de árbol, de chaquiras. La mujer los lleva desde niña y a través de su vida va consiguiendo más. Los más codiciados son los de chaquiras de colores, cuyo número está de acuerdo con la riqueza y posición social de quien los lleva. Se acostumbra que el novio o el esposo los regale, pero si pelean y él se va, le quita los que le haya dado. Si no pelean y ella se muere, la entierra con los collares, en contraposición a la costumbre masculina: porque al hombre le quitan sus adornos al morir para que, al llegar al lugar de los muertos, allá no vayan a creer que se los ha robado.

Saludo. — Acostumbran saludarse siempre que se encuentran: en los caminos, en las visitas, en todas las reuniones. El saludo matinal es el de "Qué te trajeron los sueños?", porque para ellos, el aspecto onírico tiene gran significado. El saludo entre los hombres es cosa distinta, ya que cuando se encuentran, un indio le da coca al otro y éste a su vez le da de la suya, es decir, hacen un intercambio en señal de aceptación y amistad. El indio sin títulos debe saludar primero al Mamú o a quien tenga alguna autoridad.

"Poporeo". — El "poporeo" es lo que hacen al comer la coca. El "poporo" es un calabazo con forma de bombilla. Dentro de él hay cal, producida con concha de mar triturada. Se echan a la boca las hojas secas de coca. Al rato de haberla mascado, con un palito especial sacan cal del "poporo", y la llevan a la boca, juntándola con la saliva, para activar la coca. El palito, húmedo, lo llevan de la boca del calabazo hacia abajo, haciendo algunos movimientos que dejan la mezcla pegada al calabazo. Esto es "poporiar", que para ellos tiene el aspecto simbólico de

escribir sus pensamientos, pues piensan que mientras frota el palito contra el calabazo, sus pensamientos quedan "escritos". Al cabo de cierto tiempo, esa mezcla de cal con coca va tomando una apariencia de concha fuerte y dura, de color amarillo-verdoso. El "poropo" es una de las ceremonias tradicionales de los arhuacos.

Visitas. — Estas son esenciales dentro de la vida social de los indios. La atracción sexual de la india, por ejemplo, no estriba tanto en su belleza, como en que sea una buena conversadora. De visita, se acostumbra llevar "makuruma", esto es, un regalo que puede consistir en un plátano, una yuca o cualquier cosa por el estilo, que se entrega al llegar después del saludo. El visitado ofrece café en señal de amistad y se sienta dentro de la casa, en el suelo. Los hombres se dedican a "poporiar" y las mujeres a tejer mochila. Las mujeres acostumbran destinar un rato en la mañana y otro en la tarde para las visitas.

Comidas. — En una olla grande, echan plátanos, yuca, malanga o cebollín, agua y un poco de sal. Esto lo ponen al fuego, tapado con hojas de plátano. Cuando está sazonado, sacan de la olla con la mano, y comen cuanto quieren. Hacen dos comidas, una al medio día y otra al atardecer.

Las mujeres jóvenes. — Cuando la india llega a la pubertad, va donde el Mamú quien, después de varias visitas, la manda a bañarse a un arroyo escogido. Pero si cree que ella está predestinada para cohabitar con él, lo hace antes de devolverla a sus padres. Esto es un gran honor para ella y para toda la familia. Entonces, ya la india puede cambiar su traje por el de mujer adulta.

Fotografías. — Cuando a un indio se le toman fotografías, pone como condición especial la advertencia "sí, pero me la mandas", porque creen que en la foto el civilizado les roba el espíritu. Los Mamús le hacen la guerra a las fotografías. El indio Cornelio Torres pregunta: "Yo no entiendo cómo ustedes se llevan nuestro espíritu y lo venden, y cómo estoy yo allá en tu foto y al mismo tiempo estoy aquí?". Por eso, ellos piden las fotografías que se les toman para que nadie se lleve su espíritu y lo venda (como en el caso de las tarjetas postales).

El Fogón. — Es el centro del hogar y de todas las ceremonias. Este fogón está en el suelo, consta de 3 piedras grandes y leña por todos lados. Hace varios destinos en la casa: junto a él duermen, reciben visitas, se calientan, tejen, etc. Su importancia reside en que se tenga la creencia que los espíritus malignos entran dentro de la casa produciendo muchos estragos si no está encendido. Así que siempre lo está, bien sea a la hora en que se hace el sudado, o en la noche mientras duermen.

La Cárcel. — Una de las casas del pueblo de Donachuy es la cárcel, a la que es poco el uso que le dan. Se tiene la costumbre que a quien se le acusa de algún delito (no muy grave) en lugar de echarlo a la cárcel se le pone un trabajo que debe realizar dentro de la comunidad, sin remuneración, y cuando ya haya cumplido su castigo, se le da un puesto importante dentro de la comunidad para que todos vuelvan a confiar en él y él en sí mismo. La cárcel en la actualidad está destinada a una especie de bodega de los misioneros de la Usemi.

Notas

Personalidad. — El indio arhuaco es muy lento en el pensar, al igual que en el actuar. Más dados a procurarse el bienestar material que el cultivo y progreso del espíritu. Son muy tímidos, reservados. Algo muy especial en ellos es el ser curiosos. Ven y observan, pero no emiten conceptos. Circunspectos aunque amables; buenos, no rencorosos.

Al indio por la desconfianza hacia el civilizado no le gusta hablar de tradición y muchas veces el indio lo engaña diciéndole mentiras y confundiéndolo. Sin grandes ambiciones de poder, a ellos solo les interesa vivir modestamente como puedan.

Aspecto Familiar. — El grupo arhuaco está formado principalmente por las familias: Arroyo, Torres, Villefañe, Bordonez e Izquierdo, existiendo entre ellos el cruce de familias. Los apellidos los usan como en occidente, primero el del papá y luego el de la mamá.

El número de miembros del hogar indígena es aproximadamente 7 hijos. Las familias indígenas tienen alto grado de mortandad, debido a la falta de higiene, a la mala alimentación, a la debilidad, enfermedades y a cuidados muy escasos durante el embarazo.

Las relaciones sexuales están condicionadas a épocas y lugares de tradición. Las mujeres dan a luz fuera de casa. Les ayuda su marido si está presente o algún familiar o vecina y aún solas. Siempre buscan otra casa y cuando nace el niño inmediatamente lo ponen sobre el suelo y lo levantan bruscamente para arrebatárselo a los malos espíritus.

El nombre del niño es un secreto hasta los 4½ meses. Por influencia de la misión capuchina algunos se hacen bautizar por lo católico, pero la generalidad lo hace por la religión tradicional, o las dos a la vez. Desde que el niño nace hasta más o menos 3 ó 4 años, son cargados en una sillita llamada "pusa" que la madre lleva en su cabeza y sobre la espalda. Es tejida por el padre en el telar casero, en lana, y así asiste el niño a todos los quehaceres de la casa.

A los niños los visten de acuerdo a su edad y sexo: así, a las niñas les ponen camisón cerrado, escote redondo, mangas cortas y collares; al niño lo visten con un camisón cerrado, parecido pero abierto a los lados, escote en V. Más o menos a los 7 años empieza a usar fajones en la cintura.

Los niños no tienen ninguna diversión. Desde pequeños los enseñan a trabajar designándoles sus responsabilidades de acuerdo a su edad y sexo. La mamá india cree que cuando el niño llora siempre es por hambre. Entonces lo alimenta su madre todo el día. Al niño desde que nace hasta que tiene más o menos 3 años se le alimenta del pecho de su madre. Es una manera de control de natalidad.

Noviazgo y Matrimonio. — No existe el noviazgo como lo concebimos nosotros, ya que el papá o el Mamú se encargan de conseguir el novio para las hijas. En pocos casos se hace el matrimonio por amor entre el indio y la india.

El novio convive con ella más o menos por un período de 1½ años. Pueden cohabitar y tener vida familiar pero en la casa de ella. Cuando se casan y el papá decide que el indio es un buen trabajador, les otorga la parcela y se independizan de su familia. El matrimonio se puede hacer por la religión tradicional, por lo católico, por lo evangelista. En la misión de Sabanas del Jordán a veces hacen los tres matrimonios.

La Habitación. — La habitación es una pieza en común. La casa solo tiene una pieza donde se cocina, se reciben las visitas, se come y se duerme. En el centro el fogón de 3 piedras. La habitación tiene en las paredes colgadas, las mochilas que hacen de escaparate, pues allí guardan todo; también hay calabazos de distintos tamaños y formas, que los destinan para guardar agua, miel de caña o chirrinche. Los utensilios de cocina o “chismes” se encuentran en el suelo o en los rincones. Para los indios su casa es muy buena y cómoda pues tiene todo a la mano.

Duermen sobre el suelo o sobre cueros, aunque algunos indígenas, sobre todo los más viejos por causa del reumatismo, duermen en hamaca.

Aspecto Educativo. — La educación propiamente dicha fue iniciada en San Sebastián desde el año 1916, época en que llegaron a la región los Padres Capuchinos. Las otras escuelas son posteriores y pertenecen o se encuentran regidas por algunas comunidades religiosas y seculares.

La educación escolar en lo que concierne a los arhuacos, se encuentra atrasada, debido a la poca importancia que le han dado los mismos indios, quizás por los sistemas tan inadecuados que se emplearon en épocas inmediatamente anteriores, y principalmente a las pocas escuelas existentes en toda la región, ya que solamente hay escuelas en San Sebastián, Donachuy, Atanquez, Pueblo Bello, Roma y La Caja.

Debido a la regular importancia que le dan al estudio las escuelas no cuentan sino con los primeros años elementales, porque por ahora el indio no desea sino aprender a escribir en español y las 4 operaciones fundamentales de la aritmética, para no dejarse engañar en sus transacciones; los que desean continuar sus estudios, deben ir a un internado en San Sebastián o cursarlos en institutos de las Escuelas Radiofónicas o de la Alianza Cultural Popular.

En la cultura arhuaca se acostumbra iniciar la educación del niño a través de la observación, o sea que el pequeño acompaña a sus padres a todos los quehaceres y luego esa educación es práctica, relacionada más que todo con cultivos y demás oficios manuales o materiales.

Vivienda. — La casa tiene una sola habitación. Entre los arhuacos es rectangular y entre los koghis circular. Conviven con los animales domésticos, la oscuridad es casi total, pues no hay ventanas y tiene una sola puerta. Los mismos materiales de la casa, la falta de blanqueado de las paredes y la falta de higiene favorecen el establecimiento de pulgas, chinches, alacranes, pitos, etc. Duermen en el suelo sobre pieles y raras veces sobre hamacas. Las bebidas y la coca sumadas a la mala alimentación son un factor determinante en la rápida desaparición de estos dos grupos indígenas, arhuacos y koghis.

Tienen algo de nómadas ya que gustan de recorrer los pueblos. Les agrada el baile, pero no lo hacen sino durante 3 veces al año en algunas fiestas religiosas o cuando tienen algún acto especial para celebrar: como bautizo de casas, iniciaciones, matrimonios, etc. Cabe anotar que estos bailes son monótonos y largos; una pieza musical que siempre es la misma puede durar una hora y la fiesta hasta 3 días. El único instrumento musical que les agrada es el acordeón.

En la región de Donachuy unos pocos indígenas tienen radio de los de Sutatenza. Entre ellos es acogida la persona chistosa y cómica, la que persiguen por la oportunidad de alegría que puede dárselos en el trabajo y en las reuniones. No son excesivos en sus charlas, son sencillos para gozar y refr.

SALUDO A MONSEÑOR ANGELO PALMAS

Por Monseñor Félix Henao Botero

La devoción al Romano Pontífice nos viene por el caudaloso río de la tradición teológica que sembró España en estas tierras de América Latina y que recogieron los próceres en las Constituciones desde México hasta el Polo Sur, en deliberaciones jurídicas, sin una sola excepción.

Los prelados de Colombia colocaron en San Pedro Alejandrino el mármol consagratorio del Libertador, porque evitó el cisma como lo había evitado antes Don Blas de Lezo en San Felipe de Barajas, fuerte de Cartagena, llamada con razón la llave y el portón de las Indias Occidentales.

Uno de los Compañeros de Bolívar fue el primer Obispo de Santa Fe de Antioquia, como fueron los señores Lazo de la Vega en Mérida y el Obispo de Popayán Jiménez de Enciso, convertidos por la razón de los hechos y la razón de la justicia que implica la autodeterminación de los Estados, de realistas en patriotas, consejeros y pastores.

Cuando el gran Pío XII abrió los tesoros secretísimos del Archivo Vaticano, el Padre Leturia y sus compañeros produjeron la admirable obra en tres volúmenes acerca de las relaciones de la Santa Sede e Hispanoamérica, en la cual, el Padre de cinco naciones aparece tan genial diplomático como fue genial estratega.

En aciagas épocas de hace más de una centuria se rompieron las relaciones con Roma y fue un delegado del Pontífice quien vino personalmente hasta Bogotá para cerciorarse de las acusaciones contra el Señor Arbeláez, saliendo ileso de la visita aquel gran Pastor nacido entre estas breñas y quien configura con el Señor Mosquera posiblemente el ápice de la pirámide de mitras que ha fructificado la fé en el ámbito nacional. Tarea inmensa la del Episcopado y el Clero le ha correspondido a los ungidos del Señor en esta centuria y en este continente que enlazaron los países con dos vínculos indestructibles: la fé romana y la lengua de Castilla. Salamanca y Roma nos dieron una herencia cultural y religiosa que ha pasado por siglos y persecuciones, por vaivenes y ensayos laicistas, sin que el pueblo de Dios se haya sentido inclinado a abandonar la barca del Pescador para abordar naves piratas.

Con la fé nos vino la devoción a María, Madre de la Iglesia y Madre de estas nacionalidades. La nave capitana se llamaba la Santa María y el primer Episcopado de la América del Sur con el nombre de Santa María la Antigua del Darién. Luján, Copacabana, Chiquinquirá, la Virgen Morena de Guadalupe, las Lajas, Torcoroma, entre otros muchos santuarios continúan siendo para nosotros como Lourdes, Shestojova y Fátima para Europa, pero aquí vino primero la Virgen con el niño y el Rosario, a no pocos santuarios.

Cuando se definió el dogma de la Inmaculada por Pío IX se preguntaban estos países si ya no estaba definido y lo propio sucedía cuando Pío XII, en la Plaza de Bernini, proclamó la Asunción de Nuestra Señora como verdad infalible.

Si los Episcopos y Abadías creron a Europa como lo reconocieron Voltaire y Renán; los doctrineros y los obispos hicieron posible la fusión de razas en estas latitudes con la simbiosis religiosa que enseñaba la unidad del género humano y la hermandad en Cristo Jesús y como secuela del derecho de gentes enseñado en Coimbra por Suárez y en Salamanca por Vitoria, ambos discípulos de Santo Tomás de Aquino y defensores de las divinas prerrogativas, encomiendas y sentido de servicio de la cátedra de Pedro por el bienestar de las naciones. Las

Notas

Encíclicas desde León XIII hasta hoy y ambos Concilios Vaticanos han tenido en las Summas fuentes de inspiración y consagratorias definiciones.

Pablo VI en el discurso admirable de la Basílica Primada de Bogotá llamaba la atención a las nuevas generaciones eclesiales para que continuasen asidas a la Teología y Filosofía de la Iglesia so pena de caer en el vacío y el vacío no tiene consistencia.

Hoy rendimos tributo al Papa y a su representante, aquí mismo donde se congregaron los Prelados de América Latina que produjeron los documentos inmortales de la aplicación del Vaticano II a nuestras comunidades cristianas, documentos que, con algunas enmiendas, fueron aceptados por Roma como una especie de Concilio plenario de las tierras latinoamericanas.

Hoy estamos viviendo esa transformación, escudriñando ese mensaje, continuando la realización de lo que los Pastores y el Pastor supremo de la colegialidad nos entregaron para este continente de la esperanza, como lo llamó el primer Papa que pisó las comarcas descubiertas por Colón.

Toda transformación trae decepciones y promesas, conlleva rectificaciones y avances, produce desconciertos y alegrías, engendra iniciativas pastorales y toma de conciencia en el Cristo total que es la Iglesia, cuya cabeza es el Señor y cuyo timonero es el Papa.

La barca no va a zozobrar aunque no sean infrecuentes las tempestades y el lago tranquilo de la tradición y del Evangelio se vea a veces conmovido en sus fondos que tienen contagios deletéreos en las doctrinas del Kremlin y en las desviaciones de reformistas apresurados, sin previo estudio de los problemas socio-económicos.

El Clero aquí ha sido servidor de la comunidad. Los obispos, párrocos y capellanes han entendido su encomienda como un pastoreo espiritual de servicio. No se sabe qué admirar más: si a los pastores que viajaron por años sin senderos para visitar su grey o a los pastores de hoy a quienes compete trabajar en ciudades y pueblos imbuídos por el pensamiento mundano y atrapados en este dédalo de las ciudades modernas, tan complejas como necesitadas de unidad espiritual, justicia social y paz familiar y ciudadana. Como tampoco podríamos afirmar que estos admirables párrocos de hoy, entrados en el mundo moderno que les exige luz, amor y vida menos infrahumana, sean superiores o inferiores a aquellos sacerdotes que crearon las parroquias en estas tierras y salieron luego hasta el Cauca y el Tolima, a fundar campanarios, con escuelas al lado y promesas en el labrantío de bosques milenarios para la diaria subsistencia.

Lo que sí es verdad, Excelentísimo Señor, es que Prelados y Sacerdotes del pueblo de Dios han sido pioneros de tres hazañas inmortales: la unidad religiosa, la apreciación de la persona humana y la predicación de la justicia social que ya alborea. La "Populorum Progressio" es superior a la declaración del documento de Punta del Este y los principios enunciados en la conferencia del Bienestar por Prelados americanos supera los mismos derechos humanos, aceptados por la ONU y alabados por Juan XXIII y Pablo VI, como un camino hacia mejores conquistas para la familia, los pueblos en desarrollo y todas las naciones.

El Clero, Señor, ama al Papa, sigue al Papa, continúa como remero fiel de la barca de Pedro que el Señor salvó. Que no nos encuentre dormidos el Señor ni seamos hombres de poca fé. De esa fé que coloca la opinión sobre la doctrina para que la doctrina pase a ser un ensayo movedido, corredizo y estéril.

En nombre del Señor Arzobispo y del Presbiterio, feliz estada entre nosotros, Señor Nuncio.

EL BICENTENARIO DEL VIRREY FRAILE

Por el Padre Alberto Lee López

El viernes 27 de abril de 1770, en la celda guardiana del convento de San Francisco, de Bogotá, entregaba su alma al Creador Fray José de Jesús María, superior del convento, quien en el siglo habíase llamado Don José de Solís y Folch de Cardona y había sido cuarto virrey del Nuevo Reino de Granada.

Al morir contaba cincuenta y cuatro años, dos meses y veintitrés días de edad, pues había nacido en la Villa y Corte de Madrid el 4 de febrero de 1716, quinto y último hijo de Don José de Solís y Gante y de Doña Josefa de Folch de Cardona, marqueses de Castelnovo y condes de Salduña, y más tarde terceros duques de Montellano y Grandes de España. A los diez días de nacido, el mismo en que fallecía su madre, recibía en la pila bautismal de la parroquia de San Sebastián los nombres de José Manuel Buenaventura, quien habría de ocupar un lugar destacado en la historia y en la leyenda de la patria colombiana.

El romancero santafereño nos ha transmitido el recuerdo de Solís como protagonista de unas cuantas anécdotas populares, que le presentan como un galán travieso y desenfadado y como un gran señor afable y manirroto, generoso benefactor de los enfermos y desvalidos. ¿Quién no conoce la fábula de que su nombramiento para virrey del Nuevo Reino de Granada se debió a la pesada broma que le hizo a su amigo el rey Fernando VI, escondiéndole el sombrero y el bastón de mando en día de ceremonia? ¿Y la picante comedia del lauto banquete para los locos reclusos en el hospital de San Juan de Dios, en el que los locos comieron como frailes y los frailes como locos? ¿Y la saladísima escena de la Real Audiencia, en la que el joven e insolente virrey se burla donosamente de la mojigatería de los severos e hipócritas golillas?

Y no nos entremos por los campos de sus aventuras sentimentales, porque sería de no acabar el relato de sus amores con la hermosa Marichuela o de las donjuanescas aventuras nocturnas con la complicidad de una secreta puertecilla del palacio virreinal. Hasta el nombre de la reina madre Isabel de Farnesio se ha querido vincular a la leyenda amorosa de Solís.

Esta estampa legendaria del joven mandatario, que exagera y caricaturiza algunos rasgos de su personalidad, es la que ha prevalecido en la literatura nacional, a pesar de que la historia, con el cortante escalpelo de la crítica, haya tenido que entrar a talar los floridos jardines de la leyenda.

Aunque no es escasa la literatura solisiana, hay que lamentar la falta de una biografía crítica y documentada que utilice todos los elementos de juicio que hay en los archivos colombianos y españoles. Sin embargo, hay datos suficientes para trazar una semblanza bastante ajustada a la realidad histórica.

Escasas y deficientes son las noticias que tenemos sobre la trayectoria de su vida antes de ser nombrado virrey del Nuevo Reino de Granada. Privado desde los primeros días de su existencia del cariño maternal, creció al lado de la abuela paterna Doña Luisa de Gante y Sarmiento, camarera mayor de las reinas Doña Luisa de Borbón (viuda de Luis I) y Doña Bárbara de Braganza (consorte de Fernando VI). A su vez el padre del futuro virrey, Don José de Solís y Gante, era ayo, mayordomo y caballero mayor del infante Don Luis Antonio de Borbón

y Farnesio y mayordomo mayor de la infanta Doña Luisa Isabel. Necesariamente hubo, pues, de transcurrir la niñez y adolescencia de Solís en íntima relación con la familia real y con el futuro Fernando VI, a su vez huérfano de madre a los seis meses de nacido.

Destinado a la carrera de las armas, obtuvo el grado de capitán del regimiento de caballería de Farnesio en 1731 y el de coronel en 1736, en cuya condición fue comandante del 5º regimiento de caballería de Lanceros de Farnesio desde el 26 de noviembre de dicho año hasta el 13 de junio de 1727, año en que pasó a comandar la tercera compañía de los Guardias de Corps, alcanzando más tarde el grado de Mariscal de Campo. No tenemos más datos de su hoja de servicios militares, aunque sabemos por otra fuente que en 1738 su cargo de comandante del 5º regimiento de caballería de Lanceros de Farnesio le llevó a las Filipinas, en cuya capital, Manila, profesó el 25 de agosto como hermano de la Tercera Orden Secular de San Francisco. Por otra parte, en 1752 se le concedió el hábito de la Orden de Montesa con la encomienda de Ademuz y Castielfavi.

Esto es todo lo que sabemos de la vida de Don José de Solís en los primeros 37 años, hasta el 18 de abril de 1753 en que es nombrado por Fernando VI, virrey, gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada y provincias de Tierra Firme y presidente de la Real Audiencia de Santafé. Nada hay que permita aceptar la leyenda de que este nombramiento fue castigo de la broma a que nos hemos referido. Tampoco parecen suficientes los argumentos que pretenden encontrar en este nombramiento un acto de hostilidad de parte de la madrastra de Fernando VI, la astuta e intrigante Isabel Farnesio, por los favores que el rey dispensaba a Solís y a su familia.

En el momento de ser nombrado Solís para el alto cargo de virrey, no había empezado la administración borbónica a cercenar las amplias facultades que a estos funcionarios había asignado la administración austriaca. Correspondía el virrey todo lo que el rey hiciera, caso de estar presente, y actuaba por propia iniciativa y de acuerdo con las instrucciones que solían entregársele antes de salir de España. Además recibía el nuevo mandatario una memoria elaborada por su antecesor sobre los negocios que quedaban pendientes, necesidades del país y posibles soluciones. En las cuestiones de gobierno tenía como cuerpo consultivo a los miembros de la Real Audiencia, que para estos casos se designaba con el nombre de Real Acuerdo. Como vicepatrono ejercía el Real Patronato en los negocios eclesiásticos y se le encargaba especialmente el celo en promover la obra misional y la protección de los indígenas. Tenía plena facultad para interpretar las leyes procedentes de la metrópoli, para dictar ordenanzas, repartir tierras, promover todos los oficios que no fueran de nombramiento real y capitular nuevas empresas de población y colonización. Desempeñaba las funciones de superintendente de la Real Hacienda y ejercía el mando supremo militar de todas las fuerzas, incluso de las flotas que venían de España, y estaba encargado de la defensa interna y externa del territorio y de mantener y construir las fortalezas necesarias para la seguridad del reino. Como presidente de la Real Audiencia asistía a las sesiones de este alto tribunal, pero sin voto, y para las cuestiones judiciales debía asesorarse de jurisperitos.

El 24 de noviembre de 1753 tomó posesión de su oficio de virrey Don José de Solís, en el palacio virreinal de Santafé, para iniciar una labor administrativa que, en concepto del ponderado historiador Don José María Restrepo Sáenz, fue

la más justamente afamada de las de cuantos rigieron los destinos del Nuevo Mundo. Le correspondió poner en marcha, para beneficio del Nuevo Reino de Granada, la institución virreinal que sus antecesores apenas habían alcanzado a organizar y con la que se iniciaba una nueva etapa de la vida nacional, la del despotismo ilustrado y el afrancesamiento, que habría de culminar con la Expedición Botánica, los planes de reforma de Moreno y Escandón, la aparición del periodismo y las primeras reacciones contra el sistema colonial fiscalista implantado por los Borbones.

De ahí que una de las características de la administración Solís hubiera sido el interés por poner orden en la Real Hacienda, fundamento de cuantas obras de servicio público quisieran realizarse. Creó las Cajas Reales de Ocaña, Cartago, Barbacoas, Popayán y Medellín; reformó y saneó las de Panamá y Guayaquil; reglamentó la administración de las salinas de la provincia de Santa Marta y de los aguardientes de Mompós.

Saneadas las rentas hubo cómo atender a las más urgentes necesidades del virreinato, las comunicaciones: abrió el camino de Cáqueza hacia los Llanos y el del Opón al Magdalena, terminó la mejora del de Occidente, adelantada por su antecesor y puso todo su empeño en dejar iniciados en firme los del Quindío y Antioquia; pero la pobreza del erario público y, sobre todo, la falta de cooperación manifestada en la evasión de los tributos por parte de los ciudadanos y en la lentitud y desidia para llevar adelante los estudios y contratos necesarios, hicieron que muchas de las iniciativas de Solís se quedaran iniciadas o en proceso de planificación. Logró ver terminados los puentes de Bosa y San Antonio en Fontibón, pero no pudo ver empezado el de Sopó, complemento indispensable del camino del Opón. En el ramo de correos, otro importante ramo de las comunicaciones, extendió los servicios a las provincias de Guayaquil, Antioquia, Chocó y Caracas.

Atendió a los gastos extraordinarios de reparación y ampliación de las fortificaciones de Cartagena, tan afectadas por el sitio de Vernon, y a las de Portobelo (Panamá) y Santa Marta. Sufragó los ingentes gastos de la comisión que venía a ejecutar el tratado de San Idelfonso, para trazar los límites entre las posesiones españolas y portuguesas, y fue el único gobernante español en América que colaboró en este importante asunto de vital importancia para contener el expansionismo de los colonos portugueses del Brasil.

Promovió las misiones en la Guajira, en los Llanos Orientales, en la sierra de Güicár, en el Litoral Pacífico y provincia del Chocó, entre los andaquíes y regiones del Caquetá y Putumayo, fomentando para ello, entre otras medidas, la creación de los colegios de misiones de los franciscanos en Cali y Popayán. Para seguridad y defensa de la obra misional creó cuerpos de milicias en los Llanos, asignó escoltas militares a los misioneros de Cali y Popayán y contrató expediciones pacificadoras contra los indígenas motilonos.

Otro de los aspectos importantes de la administración Solís fue el fomento de las producciones e incipientes industrias del Reino. Promovió el comercio de harinas del interior al puerto de Cartagena (vía Opón), para evitar la introducción de harinas extranjeras y reprimir el contrabando. Para favorecer los productos del artesanado quiteño prohibió la introducción de tejidos del Perú, al mismo tiempo que concedía licencias para llevar géneros al Perú a los comerciantes de Panamá y Cartagena. Promovió la explotación de las minas de oro de la Montuosa en Pamplona y de las de plata de Mariquita.

Se empeñó también en agilizar la administración pública, exigiendo la puntual asistencia de todos los empleados oficiales a sus despachos e imponiéndoles

la obligación de rendir informe detallado periódicamente del estado de los negocios a su cargo. Para la Escribanía Mayor de Gobierno formó unas breves ordenanzas con el mismo objeto.

La ciudad de Santafé, sede del gobierno virreinal, le mereció especial atención. Reparó y enriqueció sus templos, la dotó del acueducto del Agua Nueva, solucionó el problema del abasto de carnes, construyó la nueva Casa de la Moneda y edificio para la administración de aguardientes. Y, lo que merece especial mención, para casi todas estas obras contribuyó Solís con su peculio propio, ya que la pobreza de las cajas reales y municipales no permitía sufragar los gastos.

Ha sido la vida sentimental de Solís uno de los temas más explotados por la leyenda y el romancero. Hay en ello una evidente exageración, que ha convertido al virrey galante en el prototipo del Don Juan. En la historia colonial de la Nueva Granada, especialmente en el siglo XVII, encontramos gobernantes de una conducta desarreglada en materia sentimental, que habrían de llevar, esos sí con justos motivos, la fama de mujeriegos que injustamente se atribuye a Solís.

La única aventura amorosa conocida del virrey fueron sus relaciones con María Lugarda Ospina, la famosa Marichuela o Maruchuela, y los datos históricos que tenemos de la vida y conducta de Solís nos obligan a afirmar que dichas relaciones fueron muy breves, que no revistieron el carácter escandaloso que la leyenda pondera y que no pasaron de ser un romance de colegiales, si se permite la expresión. Creemos que solo la contradictoria conducta de la Marichuela y el ingreso de Don José al convento han sido las causas de que a este incidente de la vida de Solís se le haya dado una trascendencia que no tiene. Si la Marichuela buscó el claustro de Santa Clara para encerrar en él su desengaño sentimental, era lógico que esa falsa vocación religiosa fracasara. Pero la premeditada vocación religiosa de Solís nada tiene que ver con esta aventura galante.

Ella se explica por sí sola si recordamos que el virrey era célibe, que venía a representar en la pacata Santafé a la nueva generación afrancesada de la España borbónica, menos severa e hipócrita que la anterior, ataviada con las modas afeminadas de la corte de Luis XIV, tan diferentes a las lúgubres vestimentas de los Austrias. Para las familias principales de Santafé, la presencia del célibe mandatario debió ser una tentación: ¿por qué no tratar de casar a una de sus hijas con el rico y generoso aristócrata? Cuál no sería su despecho cuando el joven galán en vez de fijar sus ojos en las niñas de las principales familias los puso en una plebeya. El mismo hecho de que hubiera sido una mujer de condición social inferior a la suya la que despertó un sentimiento en el corazón de Solís, condenaba dichos amores a muy breve duración, puesto que todo hacía comprender al amante que su pasión no podría resolverse en el matrimonio. Y como no era un Don Juan, ni su condición de caballero, que siempre lo fue, ni sus arraigadas convicciones cristianas le permitían prolongar tal situación,

Después de repetidas instancias para que se le exonerara de su oficio, alegando para ello sus quebrantos de salud, pero quizá más bien por cansancio y desencanto en vista de las dificultades con que tropezaba en la ejecución de sus proyectos, obtuvo Solís que se nombrara en su reemplazo (por reales cédulas de

Notas

13 de marzo de 1760) al bailío Don Pedro Messía de la Zerda y que se le autorizara para regresar a la Península sin esperar la llegada de su sucesor. No lo hizo así, sin embargo, y entregó el bastón de mando el 24 de febrero de 1761, al cumplir siete años y tres meses de haberlo recibido.

Cuatro días más tarde, en la noche del 28 de febrero, golpeaba a las puertas del convento de San Francisco para solicitar el hábito en el estado de hermano lego.

La inesperada determinación del ex-*virrey* causó tal impresión que ni Messía de la Zerda pudo dormir aquella noche, ni la corte de Carlos III dejó pasar el hecho sin amonestar a los superiores franciscanos, ni los biógrafos de Solís acaban de hacer conjeturas sobre ella.

Pero no se trataba de una resolución impremeditada y repentina. Cuando el nuevo *virrey* quiso hacer desistir a Solís de su propósito, no fue menor la sorpresa que tuvo al saber, por boca del confesor y director espiritual de Fray José, que tenía por imposible disuadirlo de lo que tan anticipadamente había deliberado. Y en verdad, los documentos que tenemos sobre el proceso de la vida de piedad del *virrey* fraile, son suficientes para explicar su vocación.

No había sido Don José Solís un cristiano del montón, católico sincero y hasta devoto por ser español, sino un hombre piadoso por convicción y sin mojigaterías. De ello dan testimonio su ingreso, a los 21 años de edad, en la Orden Tercera Secular de San Francisco y los repetidos informes del arzobispo de Santafé sobre su arreglada conducta, buen ejemplo y sólida piedad manifestada en la frecuente recepción de los sacramentos. Ni fue Solís un terciario franciscano de nombre, como estaba de moda el serlo en su tiempo, sino activo, como lo demuestra el hecho de que en 1755, dos años después de su llegada a Santafé —¿no será este el año de su rompimiento con la Marichuela?—, presentó su patente de tercero a la hermandad de Santafé para que se le reconociera como tal; y no solo participó en los actos reglamentarios de la piadosa asociación, sino que fue elegido ministro de la hermandad santafereña y reelegido por cuatro años consecutivos entre 1757 y 1760.

La generosidad de Solís en contribuir a la construcción, reparación, aumento y adorno de los templos santafereños (la Tercera, San Francisco, San Diego, la Compañía Chiquita, la ermita de Guadalupe); sus generosos donativos para el santuario de Nuestra Señora de Chiquinquirá; su acendrada caridad que le llevaba a servir personalmente a los enfermos del hospital de San Juan de Dios, aun estando él mismo afectado en su salud, como pondera el arzobispo José Javier de Arauz al informar a la Corte sobre la epidemia de 1760; su liberalidad para con los pobres y necesitados; los elogios que hacen todos de su afabilidad y buen trato, de su equidad y justicia; las repetidas solicitudes para que se le continuara en el gobierno por las cualidades de imparcialidad; todo esto está indicando que para Don José de Solís la práctica de la vida cristiana era algo más que una simple rutina y que su piedad no fue una piedad enfermiza.

Si tuvo disgustos y dificultades con los señores de la Real Audiencia, no fue por su liviandad y escandalosa vida, como afirma la leyenda, sino por desacuerdos que tuvieron en la resolución de algunos procesos y porque la Audiencia recusaba al asesor fiscal del *virrey* y a su secretario Don Antonio Monroy.

Del alto concepto en que se tenía al Señor Solís, no solo como administrador y mandatario competente, sino como hombre de virtud probada, es testimonio el general consenso con que en 1764, al fallecer el prelado que regía la silla santafereña, se solicitó a Carlos III que en su reemplazo fuera promovido a la dig-

nidad arzobispal el hermano lego Fray José de Jesús María. Vale la pena insistir en la importancia de tal solicitud, si se tiene en cuenta que el candidato propuesto no era sacerdote, ni pensaba entonces todavía en serlo. Su ordenación sacerdotal tuvo lugar en Santa Marta en 1769.

No hay, pues, nada de anormal en la vocación religiosa de Solís, ni cabe acusarle de ciclotímico en un proceso de maduración religiosa que se desenvuelve progresivamente sin alternativas ni indecisiones.

¿Qué queda, entonces, de la estampa popular de Solís, creada por la leyenda? Un mucho de verdad y otro tanto de deformación. Unas cuantas páginas de excelente literatura y un tema todavía no agotado para la investigación y la crítica histórica. Es falsa la estampa donjuanesca, pero es exacta la imagen de Solís generoso, afable, caritativo. Es verdadera sobre todo la pervivencia del recuerdo de Solís en la tradición colombiana, casi tan viva hoy, al cumplirse el segundo centenario de su muerte, como en los días en que como virrey paseaba su gallardía por las calles santafereñas, dejando el grato recuerdo de sus dotes que la gratitud popular transformó en leyenda.

DE LA FAMILIA HISPANICA

Por José Manuel Rivas Sacconi

Si en las relaciones entre los pueblos son vitales el comercio y la cooperación económica, los tratados y las alianzas, no de menor monto son los intercambios y acuerdos en el plano intelectual y científico.

España viene demostrando, una vez más, que sigue con solícita atención las manifestaciones de nuestra cultura, dondequiera que ellas se produzcan, que se solidariza con nuestros esfuerzos y que, con absoluto desinterés, contempla y premia los logros de una labor igualmente desinteresada.

Cuanto estímulo entrañen para nuestros empeños esta comprensión y esta presencia hermanables, no es dado exteriorizar con palabras, pero es fácil suponer, porque estamos acostumbrados al desvío con que por lo general se mira el quehacer intelectual y porque no creemos merecer recompensa por un trabajo que en el fondo nos beneficia a nosotros mismos. Debemos tener la entereza de reconocer y declarar que cuando nos preocupamos y laboramos por la vigencia y el florecimiento de la cultura hispánica en nuestra tierra y en nuestro tiempo no estamos sirviendo a otros, sino favoreciendo nuestros propios intereses, cultivando nuestra propia heredad, preservando nuestros tesoros, velando por nuestra integridad presente y por nuestra grandeza futura.

Entre extraños caben las cortesías formales, los favores calculados, los préstamos con su respectiva contraprestación; entre hermanos sólo la escueta franqueza y la solidaridad necesaria.

Solidaridad que nos hace sentir en carne viva las espinas clavadas en la integridad de aquellos a quienes nos liga la identidad de origen y destino; que nos mueve a anhelar la victoria de sus causas justas, a secundar sus campañas, a presentir sus triunfos y a compartir sus fortunas. Solidaridad de quienes navegan en una misma embarcación y saben que habrán de sobrevivir juntos o juntos perecer. Solidaridad que es consciente de que cuanto afecta a uno repercute en todos.

Notas

Con este sentido estimamos la constante participación española en nuestras vicisitudes, prósperas y adversas, y se nos antoja que la hispanidad es, con esta acepción, un nombre de familia y un estatuto comunitario de consanguinidad.

¿He dicho la palabra vitanda? Pero si se habla hoy de una comunidad británica, de una francofonía y hasta de una negritud para aludir a ciertos conglomerados de pueblos, heterogéneos en sí, pero agrupados fortuitamente por asociación más o menos voluntaria o por rasgos más o menos generales, a veces tan superficiales como puede ser el color, ¿por qué no podría hablarse abiertamente de hispanidad, para denominar a los países que forman un conjunto homogéneo, determinado no por ficción o expediente alguno, sino por la naturaleza y por la historia? Es una realidad que está a la vista, que es tozuda, y debe tener un nombre. Es la existencia insuprimible de naciones que tienen todo en común, menos la voluntad o quizá la oportunidad de manifestarla. Sólo las separa el artificio, que otras emplean para unirse.

En el mundo del futuro que alcanzamos a vislumbrar se perfila, como uno de los hechos emergentes, la formación de grandes comunidades, en que los países tenderán a reunirse, tal vez como primer paso hacia la solidaridad universal. Los pueblos aislados retroceden, periclitán, no pueden subsistir. Para sostenerse, avanzar y cumplir su misión deben asociarse de acuerdo con sus afinidades naturales. Las comunidades del porvenir serán las de la lengua y la cultura. Estarán basadas en la igualdad y el respeto mutuo, sin consideraciones de raza, de geografía o de sistema político. El rasgo distintivo será la lengua, que determina la personalidad, que conduce a la comprensión, que une y solidariza. Basta mirar alrededor para observar las comunidades que se están gestando, como la francófona ya aludida, que pretende aunar con el lazo de la expresión idiomática a pueblos de distinta raza y ubicación geográfica. Sin lugar a duda entre las grandes comunidades estará la hispánica. No se necesita ser profeta para vaticinarlo, sino comprobar un fenómeno ya objetivado, que se extiende desde España hasta América y hasta las Filipinas. Mientras otros grupos étnicos apenas tratan de comunarse, los hispánicos tienen la fortuna de pertenecer a una comunidad constituida de antiguo y por proceso natural. En ello la nación española se anticipó a todas, al llevar a los extremos confines del orbe, sin temor a las columnas de Hércules y sin prejuicios raciales, su afán de descubrimiento y su acción civilizadora, con el signo de la lengua, no impuesta a las poblaciones autóctonas, sino expandida por virtud del mensaje de cultura de que era portadora. España tuvo conciencia del valor de la lengua, compañera del imperio, como vehículo de civilización y vínculo de unión.

Gracias a esta iluminada visión tenemos el privilegio de pertenecer a una familia de pueblos dentro de la gran familia humana, precisamente a una comunidad lingüística y cultural, cuya importancia y utilidad para los fines prácticos de integración y desarrollo son incalculables.

Pero este privilegio que hemos heredado sin esfuerzo de nuestra parte no puede conservarse sin nuestro concurso. Se impone una acción de vigilancia, de defensa, o mejor de cultivo de la lengua para contrarrestar los peligros que la acechan, no porque ella sea débil o inferior a las necesidades expresivas de la era atómica, o porque haya perdido capacidad de asimilación y creación, sino por el descuido en la enseñanza idiomática, por el prurito esnobista de la educación bilingüe en las clases oligárquicas y xenófilas, por la traición eclesiástica, por la consigna indigenista de los misioneros de la herejía y del imperialismo, por la invasión masiva de extranjerismos innecesarios y diferentes en cada uno de nues-

tros países. Es indispensable mantener la vitalidad del idioma y sobre todo su unidad. Por lo que ella vale en sí y por lo que representa. La lengua conforma el pensamiento, exterioriza la vida, refleja la cultura, define la identidad de los individuos y caracteriza la personalidad de las naciones. Es el reducto en que se refugia la voluntad de supervivencia de los pueblos cuando está en juego su suerte o se oculta el sol de la libertad, como sucedió en la Polonia sojuzgada, donde la lengua se identificó con la patria y fue prenda de su resurrección. Si perdiéramos nuestra lengua nacional, con ella desaparecería nuestra propia independencia y cualquier perspectiva de recuperarla. Si se rompiera la unidad de la lengua castellana se quebrantaría también la unidad de los veinte países que la hablan y que la tienen como lazo que los identifica y les da voz e importancia en el concierto internacional. Junto con la lengua se hundiría, como la Atlántida, el continente de nuestra comunidad y de nuestras esperanzas.

Contra estas amenazas trabajan afortunadamente fuerzas que a veces no captan el análisis frío de los profesores de la ciencia o que, afortunadamente, escapan al cálculo de los adversarios, como son las ideas, el sentimiento nacional, la conciencia de la stirpe, la valoración del patrimonio común, las tradiciones indeclinables, los afectos y los odios, es decir, el alma de los pueblos que, como la de los individuos, no puede ser alcanzada por el bisturí de los doctores ni por la espada de los enemigos. Contra la acción persistente de invasión, disociación y desmantelamiento, que llega de fuera y en ocasiones cuenta con la complicidad o la insania de los que tienen las llaves de la ciudad o del templo, opera el instinto de conservación del pueblo, el ardor de la protesta revolucionaria, el ímpetu de las juventudes estudiosas, el poder creador de los poetas, la luz de los investigadores puros y fieles al legado histórico. Asimismo obra la inteligente guía de los institutos y de las academias de la lengua, reforzadas por su libre asociación y por su comisión permanente que actúa como comisión de urgencia para los casos de peligro. En este aspecto se ha dado un paso que ojalá sirva de modelo para promover la unificación de esfuerzos en los demás campos de interés común, con miras a preservar el sentido hispánico de nuestra vida, que es nuestra manera y nuestra razón de ser.

Queramos o no, para bien o para mal, o para mejor, somos hispánicos —aun los que reniegan asumen una forma peculiar de serlo—; somos hispanoamericanos —aun los peninsulares lo son; América empieza en los Pirineos—; somos una ecumene que abarca en el tiempo y en el espacio, como en un haz de sentimientos concordantes y encontrados y en un mapa de proximidades y distancias, desde Séneca hasta Unamuno, desde Colón hasta Bolívar, desde Cervantes hasta Darío, desde Nebrija hasta Cuervo, desde Vives hasta Vanconcelos, desde el inca Garcilaso hasta Rizal, desde Góngora hasta Rojas y Carranza; que abraza desde Segunto hasta el Alcázar de Toledo, desde Lepanto hasta Cartagena de Indias, desde Bailén hasta Ayacucho, desde Puerto Rico hasta Manila; desde el Cid hasta Gibraltar.

Para nosotros la patria hispánica está en la lengua, y otrosí en la historia hecha común, y que deberá escribirse en común, en los textos literarios, en las obras de arte, en la sabiduría y las costumbres populares. Está en la inmensidad geográfica de sus territorios donde no se pone el sol, y en primer lugar, en el punto de partida, en el centro originario, en el hogar ancestral donde continúa encendida la llama que vivifica, que acrisola, que fija y da esplendor.

Somos testigos de España, de la España nuestra, de la España eterna y de la moderna España. Una España en paz con el mundo y en acuerdo consigo

Notas

misma, que ha logrado la síntesis de su tradición con las realidades del presente y con las exigencias del porvenir.

Es el ejemplo de su crecimiento, de su avance científico, tecnológico y económico, de su prodigioso desarrollo, logrado por su propio esfuerzo y austeridad y que registra los más altos índices en los últimos años entre la mayoría de los países, un factor y un aporte que pueden ser decisivos para la orientación de las naciones hispanoamericanas en el recorrido de un camino paralelo hacia el mismo objetivo.

La participación de España en el desarrollo de nuestros pueblos —hoy paradójicamente en vía de subdesarrollo— es garantía de que hallaremos el buen camino y de que nuestros sudores no se perderán en un inútil esfuerzo de Sísifo. Y es garantía de que esta *nostrorum populorum progressio* podrá realizarse, de acuerdo con nuestra mentalidad y nuestros medios, sin sacrificar valores espirituales más importantes; muy al contrario, procurando que la prosperidad económica vaya acompañada por el florecimiento de la cultura, la cual, por lo demás es el motor más poderoso para impulsar el ánimo de superación, pues el desarrollo tiene por fin justamente abrir más amplio acceso al disfrute de los bienes culturales. De no ser así, carecería de sentido.

Nuestros anhelos son los de buscar la hermandad entre todos nuestros países, la exaltación de los valores que nos son comunes, la unidad de nuestro idioma universal, la reivindicación de nuestras tierras irredentas y de nuestros derechos escamoteados, la colaboración en los dominios de la educación, de la ciencia y de la tecnología.

En cuanto a Colombia, aunque mucho falte por hacer, el balance es positivo, en la esfera comercial, económica y de asistencia técnica, y no menos en la de cooperación educativa para la especialización de nuestros profesionales. Esta colaboración cristaliza en empresas e instituciones de carácter permanente, como la publicación de la Flora de Mutis, el funcionamiento del colegio colombiano Miguel Antonio Caro, en Madrid; la iniciada organización del Instituto de los Reyes Católicos, en Bogotá, la auspiciada cátedra de Menéndez Pidal, en nuestro Instituto Caro y Cuervo, y en otros proyectos.

Frente a esta magna tarea, y en medio de los rigores de la lucha, nos conforta saber que no estamos solos y nos alienta con optimismo la visión del futuro: de una comunidad de naciones que, si habrán sabido sumar sus fuerzas, coordinar sus planes y aunar sus voluntades, y si habrán logrado prosperar sin malbaratar su patrimonio, sin entregar su cultura, sin vender el alma, formarán un conjunto de pueblos respetables y respetados.

ECOS EN AMERICA DE LA REVOLUCION DE QUIROGA Y RIEGO

Por Enrique de Gandía

La revolución liberal española de 1820 fue uno de los movimientos europeos de mayor trascendencia política. Sus ecos en América hicieron sentir la seguridad de que la independencia estaba definitivamente asegurada. La hermandad espiritual entre los liberales de Europa y del Nuevo Mundo se cargó de pro-

mesas que parecieron anunciar el fin de todas las luchas. España y América habrían llegado a un entendimiento perfecto si el absolutismo fernandino no hubiese terminado por imponerse y anular las más bellas conquistas del liberalismo. No hacemos la historia de las traiciones, de la entrada, en España, de los cien mil hijos de San Luis y de la persecución inaudita —que llegó a mover la piedad del embajador ruso— llevada en contra de los liberales. Vamos a destacar el eco que el gran acontecimiento español tuvo en hombres como Simón Bolívar y Juan Germán Roscio, el autor de los documentos más trascendentes de la independencia venezolana. Una serie de testimonios referentes a Bolívar ha sido reunida por José Rafael Sañudo en sus *Estudios sobre la vida de Bolívar* (segunda edición, Pasto, 1931).

Bolívar supo la revolución del primero de enero de 1820 en el mes de marzo y en seguida escribió a Guillermo White: “De los negocios de España estoy contento porque nuestra causa se ha decidido en el tribunal de Quiroga”. Recordó a Fernando VII y dijo: “Yo que siempre he sido su enemigo, ya veo con desdén combatir contra un partido arruinado y expirante”. Bolívar encomendó a Briceño Méndez que escribiese a Lara el 11 de junio esta noticia: “Que la revolución de España ha producido un gran efecto en las tropas de Morillo que sufre infinitas desercciones”. Los efectos en América empezaban a sentirse. El absolutismo había recibido un fuerte golpe. La Constitución había vuelto y los cambios de propósitos y de jefes eran inmediatos. Era un hecho que podía presentarse ante las naciones europeas para demostrar que España no estaba dispuesta a seguir la guerra. Por ello, Bolívar encomendó el 19 de junio al secretario de relaciones exteriores “que siendo verdadera e inmediata causa de la insurrección de España la repugnancia del ejército para venir a América, la haga valer ante las potencias extranjeras”. Briceño Méndez también hizo saber a Páez, el 5 de agosto, por orden de Bolívar, que “los españoles que están en América están seguros de que no vendrá un solo hombre de Europa en su auxilio... Su Excelencia está muy penetrado de que nosotros podemos sacar grandes ventajas de la situación actual de los españoles y cree que usted está muy bien colocado para presentar a los españoles y criollos este cuadro tan verdadero. Desea pues que usted, por los medios que le sugiera su capacidad, tino y conocimientos, les haga ver a los criollos que los españoles, desesperados ya, y con órdenes positivas de su rey de reconocer la independencia de Colombia, sólo quieren ganar el tiempo necesario para embarcarlos y llevarlos a morir lejos de su país y en medio de la miseria y el horror...”.

No eran exactas las palabras que se referían a la supuesta intención de reconocer la independencia de Colombia ni al deseo del rey de España de hacer morir a sus súbditos lejos de su país. El recurso pueril de una mentira era superado por la realidad del efecto que la revolución de Cabezas de San Juan producía en España y en América. El 27 de marzo de 1821, Bolívar escribió a Zea: “Parece increíble que el restablecimiento de la Constitución española haya obrado un efecto tan extraordinario como el de afirmar y persuadir la justicia de nuestra causa a los que habían sido más obstinados en la defensa del partido español... Ahora no dudo añadir a Vuecelencia que apenas queda un americano que no haya abjurado sus errores y abierto los ojos para unirse y abrazar la causa común. Por lo menos, no hay un solo jefe criollo de los que tan activa y útilmente han servido a la España que no haya pasado ya a nuestras banderas o protestado no seguir los enemigos de la patria. Los coroneles Delgado, Reyes, Vargas, Romero Ramos y Torrealba, los tenientes coroneles Armas, Siiva, Navarro, Guaita, Chauarán con otros muchos, son ya defensores de la libertad. La misma disposición ma-

Notas

nifiestan las tropas del país que sirven al enemigo y es éste uno de los apoyos más seguros con que se cuenta para terminar pronto y brillantemente la presente campaña. El batallón del Príncipe acaba de desertar íntegro de Guanare; el de Barinas lo ha intentado ya, y otros muchos cuerpos no esperan sino el rompimiento de las hostilidades y nuestra aproximación para venir a unírseos”.

La enorme cantidad de hombres nacidos en América que seguían el partido político peninsular se sentía desfallecer al comprobar que los liberales, o sea, hombres que tenían las mismas ideas constitucionales de muchos americanos, triunfaban en España y volvían a imponer la Constitución. El español Latorre se había convertido, de pronto, en protector del partido constitucional y en Caracas una junta legislativa se había apoderado del mando. Una insurrección pretendía derribarlo. El capitán Manuel Yépez y otros guerrilleros se habían pasado a los independientes. Briceño Méndez escribía el 23 de mayo que “hasta ahora lo han hecho más de cuatrocientos hombres”. Bolívar hacía saber al ministro del interior que “la deserción del ejército español continúa y aún se aumenta cada día. Ya ha entrado hasta en las tropas europeas. Cinco soldados del batallón Navarra se han presentado y aseguran que vienen muchos más. De los cuerpos del país es tan frecuente la deserción que no hay día que no se presenten algunos”. El 13 de junio dijo al comandante Baul: “... Estoy satisfecho de que el ejército español va a disolverse... no he marchado a decidir en una sola batalla la suerte de la campaña”. Al día siguiente escribió al gobernador de Guayana: “Continuamente llegan aún desertores a presentarse, y sus declaraciones convienen en que el ejército español ha sufrido y sufre una baja espantosa por la frecuencia y el número de las deserciones. La moral de aquellas tropas está absolutamente perdida. Tanto los jefes como los soldados se suponen ya perdidos”. El español Sevilla confirmaba estos hechos: “No pocos peninsulares indignos... se pasaron también paulatinamente al enemigo”. El vizcaíno Insusarri había entregado un fuerte de Puerto Cabello. Síntesis: Bolívar estaba convencido que la revolución de Quiroga y Riego había sido una ayuda poderosa a la causa de la libertad americana.

La documentación que se refiere a Roscio ha sido reunida por el Doctor Pedro Grases en el tomo tercero de las Obras de Roscio, que publicó la Secretaría General de la Décima Conferencia Panamericana de Caracas, en 1953. Estos materiales son admirables para comprender el nuevo estado de ánimo que se creó en esa parte de América. Venezuela se vio libre de la pesadilla de seis mil hombres que iban a partir para ayudar a Morillo. Muchos americanos que estaban presos en España, por liberales, como Nariño, recobraron, de pronto, la libertad. Todo esto informó Roscio a Santander, desde Angostura, el 5 de mayo de 1820. “Aún antes que llegase el correo despachado al Presidente el Jueves Santo, comunicándole la insurrección de los liberales en España, ya se conjeturaba que usted la sabría por otra vía. Aquí la celebramos el Domingo de Pascua en obsequio a los liberales, y de nuestra propia causa, tan favorecida por este acontecimiento”. El absolutismo, culpable de la guerra civil hispanoamericana, había sido vencido. Fernando VII sólo contaba con Madrid y Cádiz. Zea estaba tan contento con la revolución de España que suspendió su viaje a los Estados Unidos y pensó irse a Londres. Los liberales que acompañaban a Morillo, según Roscio, hubieran debido levantarse como los de la Península. “Es una vergüenza y colmo de baja y degradación obedecer ahora a Morillo reducido a la nada por la situación de quien lo nombró para verdugo de los colombianos”. Los españoles constitucionales habían desconocido a Fernando como déspota. Esto era algo incuestionable y sus consecuencias, como referimos en otras páginas, fueron inmensas: baste decir que

dividieron a las fuerzas españolas en una forma tal que Bolívar pudo terminar la guerra con una facilidad antes no imaginada. Los americanos se aprovecharon de la revolución liberal de la Península para quitar fuerzas a los absolutistas que combatían en América. “Duplico los números que hablan de la insurrección de España —escribía Roscio a Javier Yanés el 16 de junio de 1820— porque importa introducirlos y hacerlos circular en Caracas, Barcelona y Cumaná para levantar aquella gente contra Morillo y hacer con él lo que con sus semejantes están haciendo en España los constitucionales”. Las gacetas debían surtir su efecto. El 4 de julio de 1820, Roscio informó a Bolívar que las Cortes habían decidido no reconocer ni obedecer a Fernando VII si no juraba la Constitución. Galicia y otras provincias no aceptaban las órdenes de Fernando VII si antes no eran aprobadas por las juntas provinciales. En Londres, Blanco White insistía en que debía ser reconocida la independencia de Venezuela, Buenos Aires y Chile. También defendía el sistema republicano. Roscio reconocía que había gran número de españoles que “quedarán firmes en su monarquía constitucional”. En otra carta a Francisco Carabaño, del 18 de agosto de 1820, la hacía notar la enorme diferencia que existía entre los americanos de 1808 y 1810 y los de 1820; en los primeros años se habían cometido grandes injusticias en los nombramientos de los diputados suplentes en las Cortes de la Isla de León. En 1820, los americanos “hablan el lenguaje del hombre libre e ilustrado”.

La causa de los americanos tenía “muchos amigos entre los españoles y lo son todos los oficiales que han restablecido ahí la libertad”. Don Juan Tupac Amaru, un anciano peruano preso desde largo tiempo, andaba libre. Nariño imprimía con toda libertad sus escritos en España. El 23 de agosto de 1820, Roscio hacía saber a Bolívar otras noticias de España. La libertad de palabra no podía ser mayor. “Vale mucho la libertad con que hablan ahora en España los americanos; pero ninguno he visto más libre como el autor de uno de los impresos que trajo Barona. Es un mejicano (Cañedo de apellido) que, estando en Madrid, censura con energía las providencias de la Junta gubernativa, especialmente una que lastimaba el derecho de representación de la América”. Las provincias no obedecían más que a las Juntas provinciales. El obispo de Zaragoza había encargado a “gente de poco pelo” que arrancase la lápida de la Constitución. La gente fue dispersa a balazos por la tropa en el acto de quitar la placa. En Ceuta, los revolucionarios habían puesto en libertad a Tupac Amaru y a otros. Un tal Izardi había preferido quedarse en Ceuta como secretario de la Municipalidad. El 30 de agosto de 1820, Roscio expresaba a Santander su confianza de que las noticias de la revolución de España obrasen prodigios en el Departamento de Quito y que los pastusos, tan obstinados en su fidelidad a Fernando VII, cambiasen de opinión al saber que los españoles se habían levantado contra su rey “porque les quitaba su Constitución y los oprimía y que este levantamiento se ha canonizado de santo y bueno”.

El 4 de septiembre de 1820, Roscio comentaba a Bolívar que los absolutistas del Nuevo Mundo tendrían que convencerse de la fuerza de los liberales, pues “ven que nuestra independencia tiene públicos defensores entre los españoles que están en la Europa”. El 13 de septiembre se alegraba que la revolución española hubiese quitado importancia e interés al *Catecismo de Fernando VII*, que defendía los derechos absolutistas de este monarca y que él había combatido con otro *Catecismo*. La revolución también había desarmado a los criollos que juzgaban como criminal la actividad americana. El 11 de octubre, Roscio daba otras noticias a Bolívar: Fernando VII había jurado la Constitución liberal el 9 de julio

Notas

de 1820 y asegurado, en su discurso, que todos los males de los seis años pasados habían provenido de sus consejeros. La revolución liberal de Cádiz tenía imitadores. En Nápoles y en Sicilia se había adoptado la Constitución española. En otras partes de Italia otras revoluciones tenían el mismo fin de conseguir una Constitución liberal. En Francia se había reformado la carta constitucional. En Portugal había otro movimiento. Los Jesuítas habían sido expulsados de Rusia por empeñarse en enseñar a los niños no católicos. “No sé dónde han ido a parar —decía Roscio a Bolívar el 18 de octubre— pues la expulsión no se ha hecho a la española”.

La revolución liberal de Quiroga y Riego estaba levantando a Europa, dividía a los españoles absolutistas de América y creaba en los separatistas triunfantes nuevas y grandes esperanzas.

OTORGAMIENTO DE CONDECORACIONES

La obra de la Universidad Pontificia Bolivariana ha sido realizada por acciones conjuntas. Servidores insignes ha tenido la Institución y gracias a su entrega total ha podido responder a las exigencias sociales. La Universidad quiere dar público testimonio de inmensa gratitud para con quienes le han servido.

Son ellos los siguientes:

1. - Señorío y distinción que impregnan una meritisima labor de difusión cultural. En la imprenta se ha levantado un faro, cada vez más luminoso porque se le ha confiado por muchos años a quien vive en función de servicio.

Don Darío Angel Angel. - 20 años.

2. - Entregó toda una vida de méritos al gran propósito de la formación juvenil. Pasaron generaciones por sus manos y él las contempla satisfecho viéndolas caminar por rectos caminos.

Don Julio Arango Aguilar. - 21 años.

3. - Hombre de estado. Gran servidor de la patria. Decano eximio y profesor de profesores. Su sabiduría se confunde en sencillez para que sus postulantes encuentren en él su gran modelador.

Doctor Eduardo Berrío González. - 25 años.

4. - 25 años como Decano de la Sección de Economía y Comercio. Un hombre que abrumó en satisfacciones a quienes le confiaron inmensas tareas y la fecha plateada de sus bodas se convierte en fiesta de gratitud.

Doctor Carlos Betancur Arias. - 25 años.

5. - El gran señor de todos los días. El gran maestro de muchas generaciones. Una vida para bien de sus semejantes. La Universidad siente el influjo de su obra y se rinde ante el peso de sus méritos.

Doctor David Córdoba Medina. - 33 años.

6. - Formó pueblos, modeló generaciones y su sabiduría la entrega sin reservas a la juventud. El temple de su alma forjó voluntades que hoy se rinden en admiración y gratitud.

Don Eduardo Correa Correa. - 28 años.

Notas

7. - Ha defendido sus intereses. En todas partes ha estado hablando de la Universidad. Su alma vibra con la misma intensidad de los días de la fundación y sus servicios constantes han sido tan intensos que la Institución se siente intensamente reconocida.

Doctor Braulio Duque Gallo. - 22 años.

8. - A todos les habla y a todos les comunica. Sus servicios los brinda a todos. Se le confió misión estratégica y su labor ha sido benéfica porque ha permitido la unión de todos los sectores universitarios.

Doña Maruja García de Rivera. - 20 años.

9. - En su vida no hay espacios ni vacíos. Toda ella ha sido en continuos y constantes y meritorios servicios en la Universidad, la cual al contar su historia tendrá también que pedirle su ayuda. Ha estado en todas las líneas de acción sembrando realidades.

Don Sergio Giraldo Gómez. - 32 años.

10. - Voluntad de servicio en todas las horas, los días y los años. Corrección, discreción y señorío. Todos cuentan que su alma es grande y por ello sus servicios son inmensos.

Señorita Carola Gómez Botero. - 20 años.

11. - Toda una institución. Un alma que vive para la formación de la juventud. Toda una vida haciendo de Antioquia el mejor poema, empujando a su pueblo hacia el desarrollo y la paz, a través de la formación integral de la juventud.

Monseñor Félix Henao Botero. - 33 años.

12. - Las letras, la difusión cultural, han creado un ambiente de altísima intelectualidad, pero esa es la cosecha de quien bien empezó sembrando en los primeros surcos de la Universidad. Una obra espiritual que la Institución registra con sincera gratitud.

Doctor Gabriel Henao Mejía. - 27 años.

13. - Virtudes sacerdotales amasaron la inmensa obra. Hombre de Dios que ha hecho entrega de su vida en bien de la juventud. Las generaciones que por sus manos pasaron lo aclaman como padre y maestro.

Pbro. Rafael León Rivera. - 32 años.

14. - Gloria de Colombia, jurista eximio que ha alimentado intelectualmente las generaciones enteras que lo aclaman como señor de las ciencias jurídicas y maestro de las leyes.

Doctor Miguel Moreno Jaramillo. - 26 años.

15. - Estudiantes y libros son los campos de su apostolado diario. Unos y otros han servido para que su labor sea de total entrega y de inmensa satisfacción universitaria por lo que hoy se le rinde reconocimiento.

Señorita Angela Orozco Tobón. - 20 años.

16. - Siempre en la Universidad. Sencillo y discreto. Amontonando méritos. Siempre los ocultó pero la naturaleza lo obligó a llevarlos en alto plateando su cabeza.

Doctor Antonio Osorio Isaza. - 31 años.

Notas

17. - A todos los recibe y a todos los despide. Ha dedicado toda su vida al servicio de la Institución entregando cada día el esfuerzo y el amor por la Universidad. Todos lo conocen y por eso preguntan siempre por él.

Don Bernardo Ospina Serna. - 20 años.

18. - Una vida que se confunde con la Institución. Sembrador de todos los días con cosechas de óptimos frutos. Su cátedra es luz y guía de aspirantes y experimentados.

Doctor Rafael Restrepo Maya. - 25 años.

19. - Las juventudes lo han visto sembrar el bien y entregar su vida sin escatimar esfuerzos. Su espíritu de superación lo ha llevado a brillantes triunfos para mejor servir porque eso ha sido su meta convertida en inmensa satisfacción.

Don Fabio Valencia Rodríguez. - 22 años.

COLECCION "ROJO Y NEGRO" DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

DE LA VIEJA LITERATURA AMERICANA, por David Mejía Velilla

La colección "Rojo y Negro", dirigida por el Doctor Gabriel Henao Mejía y que regularmente se publica en los Talleres Tipográficos de la Universidad Pontificia Bolivariana, ha reeditado el volumen N^o 27 bajo el título "De la Vieja Literatura Americana", una serie de catorce estudios o breves ensayos del escritor y poeta antioqueño Doctor David Mejía Velilla. En un estilo diáfano y signado de peculiar agilidad intelectual, el autor de estas reminiscencias ofrece una interesante imagen humana y artística de algunos de los más eminentes literatos iberoamericanos, así: Enrique Gómez Carrillo, Juan José de Soiza Reilly, Zoila Aurora Cáceres de Gómez Carrillo, Félix Rubén García Sarmiento, Gonzalo Zaldumbide, Teresa de la Parra, José Enrique Rodó, Juan Montalvo, Enrique Larreta, Amado Ruiz de Nervo, Rómulo Gallegos, Gabriela Mistral, Víctor Andrés Belaúnde y José de la Riva-Agüero. Estas estampas aparecen noblemente animadas y adquieren fresca vigencia mediante el trato conceptual que les otorga Mejía Velilla a impulsos de su clara visión estética. El autor del opúsculo literario nació en Medellín el 14 de marzo de 1935. Concluyó estudios de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Pontificia Bolivariana en el año de 1958 y dos años después se doctoró en Derecho Canónico en la Universidad de Santo Tomás, en la ciudad de Roma. En 1960 fundó en Bogotá la revista cultural "Arco", de amplia acogida en los países bolivarianos y desde entonces ha dirigido aquella ilustre publicación. Entre los poemarios publicados por el Doctor David Mejía Velilla figuran "Paisajes Claroscuros" e "Iconos" y próximamente editará otro volumen del mismo género titulado "Regreso a la Montaña". Igualmente, la Universidad de Navarra, por intermedio de su Instituto de Derecho Canónico, publicó recientemente su obra "El Concepto de Cosa en Derecho Canónico".

Gabriel Villa Villa

LA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI, por Miguel Moreno Jaramillo

La colección "Rojo y Negro" que regularmente edita la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, bajo la dirección del Doctor Gabriel Henao Mejía, ha lanzado una nueva edición del volumen 25 de aquella magnífica serie bibliográfica titulado "La Festividad del Corpus Christi". El opúsculo está presentado por el Doctor José Luis López y en él se incluyen seis conferencias y discursos del eminente profesor antioqueño Doctor Miguel Moreno Jaramillo: La Festividad del Corpus Christi, Gonzalo Restrepo Jaramillo, Legislación Imaginaria, Algo en torno al Comodato, La Palabra, y Aula Bolivariana. Son páginas admirables, por la riqueza conceptual que las informa, como que son escritas por una de las personalidades de más brillante inteligencia en el medio colombiano. El Doctor Moreno Jaramillo ha descollado como catedrático universitario, como Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, como parlamentario, como escritor, como un insigne maestro de juventudes. Por los invaluable servicios prestados a la comunidad nacional, ha sido honrado con las más altas condecoraciones que confieren la nación, el departamento de Antioquia y los claustros universitarios.

Gabriel Villa Villa

BREVE ANTOLOGIA, por Carlos Castro Saavedra

El poeta antioqueño Carlos Castro Saavedra es ciertamente una de las más cimeras voces de la cultura letrada de Colombia y de todos los pueblos de habla castellana. Su vasta producción en prosa y en verso evidencia también que es uno de los escritores más prolíficos del mundo hispano y lógicamente uno de los liridos que mayor interés intelectual despierta entre el público lector. La bibliografía de Castro Saavedra ha enriquecido honrosamente el patrimonio espiritual de la patria. Ahora, la colección "Rojo y Negro", que regularmente edita la imprenta de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, bajo la dirección del Doctor Gabriel Henao Mejía, acaba de publicar el volumen N^o 65 bajo el título "Breve Antología", el cual incluye una selección de treinta y cuatro poemas de Carlos Castro Saavedra. El precioso opúsculo está precedido de un breve comentario a manera de presentación, Palabras del Autor, de elevado contenido estético y por ello mismo con suficientes méritos para considerarlo como otro canto de hermosas resonancias. Esta entrega de la ilustre serie "Rojo y Negro" comprende los siguientes temas poéticos: Dios, En la muerte de Paul Eluard; América, yo te amo; Primera Elegía, Historia de Quijotes, Grito, Camino de la Patria, Soy un hombre sonoro, El Buque de los Enamorados, La Poesía, Verano en la frente, Eposa Patria, Semilla y Semillas, Canción de los poetas pobres, Los caballos por dentro, Matrimonio bajo la tierra, Plegaria desde América, Vivan los Compañeros!, Amor, El Poeta le escribe a su Esposa, Y no hay blancura en tu vestido blanco, Elegía, Coplas del Amor y de la Muerte, Melancolía de las Banderas, Plegaria, Si no hay pan en la mesa, Te quiero por sencilla, Angustia, Coplas rebeldes, Sólo preguntas, Merecemos el día, Muere mucho la Vida, Volveremos con las palabras, y María, Madre de Dios y de los Vientos. Castro Saavedra nació en Medellín el 11 de agosto de 1924. Entre sus numerosos libros publicados queremos citar: "Fusiles y Luceros", "33 Poemas", "Caminos de la Patria", "Toda la Vida es Lunes", "Aquí nacen Caminos", "Canciones para Labriegos", "Reciente Paraíso", "Obras Selec-

Notas

tas" (extenso volumen poético), y entre sus obras inéditas figuran "Tierra Habitable", "El Sol trabaja los Domingos" y "Adán y Eva". Ha escrito algunas obras de teatro, como: "La primera historia de un jaulero" y "El trapecista del vestido rojo". Además, es autor de otros seis libros en prosa: "Elogio de los Oficios", "Cosas Elementales", "Cuadros de Historia", "El Mural del Sena", "El Libro de los Niños" y "80 Cuentos Infantiles". Igualmente, Carlos Castro Saavedra dará a la publicidad en los próximos días una colección de "Canciones Infantiles", con música de diversos compositores colombianos, así como una "Cartilla Popular". La "Breve Antología" de poemas suyos que acaba de aparecer constituye de veras un estupendo regalo para los amantes de la belleza lírica.

Gabriel Villa Villa

TEMAS PARA UN ITINERARIO, por Horacio Londoño Pardo

La colección bibliográfica "Rojo y Negro" de la Universidad Pontificia Bolivariana, dirigida por el Doctor Gabriel Henao Mejía desde varios años atrás, acaba de publicar el volumen N^o 66: "Temas para un Itinerario", del Doctor Horacio Londoño Pardo. Se trata de una serie de breves ensayos y comentarios, con una introducción escrita por el Doctor Guillermo Martínez Villa. El excelente opúsculo incluye ocho títulos: Estampa y visión de Don Gaspar de Rodas (Tema conductor, Itinerario, Teoría de la ciudad y el personaje, Introducción al acto, Noción completa, Capitán, y La Espada y la Cruz están unidas), estupendo estudio histórico; Medellín: Los Fundadores y las Fundaciones, documentada página sobre el origen de la capital antioqueña; Visión de Monseñor Toro y de su Ciudad; El Libertador, Héroe de la Tercera Sinfonía, disertación sobre las afinidades heroicas entre Beethoven y Bolívar; La Liturgia y el Arte del Concilio; Chagall y la pintura en escenas; Motivación turística de Santafé de Antioquia; y Valoración Constitucional de Bolívar. El Doctor Londoño Pardo, quien ha colaborado asiduamente en diarios y revistas literarias, evidencia en sus "Temas para un Itinerario" un estilo denso, diáfano, de positivas calidades intelectuales, como que ciertamente es un escritor de auténticos valores mentales, de elevadas estructuras conceptuales, experto en utilizar con pulcritud y brillo todos los nobles recursos del idioma patrio. Horacio Londoño Pardo es un profesional en permanente función de estudio y de investigación, y este atributo se testimonia en todos sus escritos. El autor de "Temas para un Itinerario" nació en Santafé de Antioquia el 9 de mayo de 1917 y allí inició sus estudios de bachillerato, los cuales concluyó en el Liceo de la Universidad de Antioquia. En 1942 se doctoró en la Facultad de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana, de la cual es alumno fundador. Es una autoridad en Estadística y como tal fue director del ramo en el Departamento de Antioquia y en la Caja Seccional del ICSS, así como profesor de la misma asignatura en la Facultad de Derecho de la U.P.B. y de la U. de A. Ha desempeñado diversos cargos administrativos y jurídicos en el Municipio y en las Empresas Públicas de Medellín. Actualmente está dedicado al ejercicio de su profesión en esta ciudad. Por otra parte, Londoño Pardo es miembro numerario del Centro Bolivariano de Antioquia y del Centro de Historia de Santafé de Antioquia.

Gabriel Villa Villa

RAICES HUMANAS, por Otto Morales Benítez

Otto Morales Benítez, parlamentario liberal de prestancia y ex-ministro de estado, acaba de publicar por intermedio de la colección "Rojo y Negro", de la Universidad Pontificia Bolivariana, de Medellín, algunas de sus interesantes conferencias. Hasta nosotros ha llegado el folleto, en segunda edición.

Los trabajos con que nos regala el abogado Morales Benítez tienen espléndido sabor parroquial, como que se trata de cánticos hechos dentro de un jardín poblado de jazmines, donde aflora en primer término la cabeza nevada de la madre amantísima. Son conferencias éstas que tienen un poco de romanticismo y de sabor a gloria. Otto Morales dice: "Nosotros, las gentes que nacimos en la provincia, tuvimos el despertar de la conciencia, el primer golpe de gracia, al encuentro con el misterio y con el asombro, invocando el nombre de Dios, detrás de las palabras de la madre. Fue allí, en ese ambiente entrañable, donde acendramos nuestra fé. Creo que muchos de nosotros hemos tenido ese mismo origen: la provincia remota, perdida, y el canto del rosario hogareño, entre murmullos de fé, elevado todos los días para detener las pasiones que golpean a los hombres en el transcurso de la vida cotidiana".

No pierde Otto Morales la ilación de su pensamiento cuando tras de presentar a su público una imagen nueva, remozada, de la sangre que corre por las venas del provinciano, se detiene a contemplar el crecimiento de América. Para esto analiza muchas reformas institucionales y entra a referirse a las necesidades que presenta el duro vivir diario sin cortapisas.

Al efecto pide una reforma en la vida agraria colombiana. Comenta él textualmente: "Principiamos al progreso y nos detenemos. Nadie lo ha cumplido cabalmente y eso ha retardado el que le hubiéramos podido dar a una serie de compatriotas la oportunidad de tener seguridad en su vida económica. Así no tendríamos que presenciar ese desplazamiento masivo de que hablaba el Padre Lorrain de campesinos que abandonan la parcela porque no es de ellos, porque no les pertenece".

Describe Morales Benítez sus primeras relaciones sociales cuando, muy joven, escuchaba las oraciones de Gaitán, de Turbay, de Carlos Lozano y Lozano, José Camacho Carreño, Eliseo Arango, Carlos y Alberto Lleras. Nosotros —dice él— íbamos aprendiendo un mundo nuevo cuando escuchábamos sus palabras. Ellos que supieron agitar más de un problema desde el parlamento por medio de cláusulas que salían resplandecientes de verdad. Fueron ellos los expositores de las primeras inquietudes sociales.

Con vivos motivos literarios el Doctor Morales Benítez penetra en las invitaciones que hizo el Papa Juan XXIII, en la búsqueda de un nivel social justo. Trae a su disertación el conferencista estas expresiones inmortales del Papa de los pobres: "Exhortamos a los que tengan empresas y de los que dependa la vida de los obreros, a que no consideren a los trabajadores solamente desde el punto de vista económico y a que no se limiten al reconocimiento de sus derechos, relacionados con el justo salario, sino que respeten la dignidad de su persona y los miren como a unos hermanos; y hagan también que los obreros participen cada vez más, conforme a una justa medida, en las utilidades del trabajo realizado y así se sientan como parte de la empresa".

Cierra Morales Benítez su obrita, que es fundamental por su contenido, con un discurso pronunciado por él en Montería al coronar una reina de la ganadería, con este párrafo que es vital y hermoso: "Vuestro imperio señora, es nacio-

Notas

nal. No hay lugar, por lejano y apartado de nuestros más importantes centros, que no tenga su incipiente ganadería. Vais a reinar sobre ilimitadas extensiones. Vuestro poder será la belleza y la dulzura, como el de vuestras acompañantes. Será un reino plácido. Vuestro gobierno se extenderá suave:

No en la ciudad ruidosa que amontona
tando dolor y tanto desengaño
sino en el campo fiel donde cada año
la tierra de amapolas se corona...".

Juan Goenaga

RAICES HUMANAS, por Otto Morales Benítez

Mientras se agota el caudal de la información colombiana, a raíz de la clausura del congreso y sólo seguimos pendientes de la inminente hazaña lunar, al filo de este año de gracia, resulta grato volver a las páginas imperecederas escritas por el Doctor Otto Morales Benítez en el breve volumen "Raíces Humanas", reeditado por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Para nuestro gusto Morales Benítez es uno de los mejores escritores americanos contemporáneos, a la altura de Luis Alberto Sánchez, Picón Salas y el mismísimo Alfonso Reyes, por la vastedad y organicidad de su cultura, el vigoroso aliento de sus predicados, por su devoción por la provincia —solar del derecho constitucional— y por la entraña telúrica de los temas resueltos en un estilo raudo y vibrador, de convincente textura clásica.

A propósito de este volumen, dice un comentarista estas palabras que compartimos: "Al planteamiento y desarrollo de temas de tanta entidad como la idiosincrásica tendencia migratoria del antioqueño, lo mismo que a otros ya bien trillados y casi frívolos como los que sugiere una exposición floral, el Doctor Morales Benítez aporta siempre la observación buida, la recomendación novedosa y práctica, el testimonio corroborador o discrepante, pero jamás impertinente. Y todo con rigurosa sujeción a las mejores normas del estilo literario, sobre todo las relativas a sencillez, claridad y elegancia. Esta sin los arrequives ni desaforadas audacias que han dado a no pocos de sus conterráneos y coetáneos tan discutible reputación".

Es cierto, Morales Benítez no es un grecolatino, esa especie apollada en las prensas de la Editorial Zapata. Es un hombre de estudio, un investigador, un infatigable obrero de la causa del hombre, que es bien distinto.

"La Patria"

RAICES HUMANAS, por Otto Morales Benítez

Este libro de Otto Morales Benítez contiene seis ensayos del escritor colombiano, editados por la Pontificia Universidad Bolivariana, de Medellín. Contiene estos hermosos textos, el pensamiento de su autor sobre diversos aspectos de la cultura. Claro que esa diversidad tipifica su manera de escribir y su vigilancia de una problemática nacional que va, desde el culto a los valores inmateriales, al estudio de problemas como el de la ganadería, que, si bien, poco o nada tienen en común con las hazañas del espíritu, es uno de los interrogantes de nuestra economía con toda su gama de valores necesarios y útiles.

Lo curioso en el caso de Morales Benítez es que no decae su prosa al tratar diversos temas, algunos de ellos concretos y prosaicos pudiéramos decir, empleando el lenguaje común y corriente. Siempre el lector hallará la riqueza del estilo, la expresión nueva, brillante y buída. Esto es consecuencia de la cultura de su autor, quien, ya como ministro de estado o como profesor universitario ha tenido que adentrarse en temas disímiles.

Pero los ensayos se salvan precisamente por la riqueza de su prosa, la expresión robusta, el hallazgo vital. Por todo ello, queremos hacer notar la importancia de primera calidad que tiene este nuevo libro de Morales Benítez, infatigable trabajador del espíritu, ayudado por las herramientas de una inteligencia y una penetración lúcida de todo lo americano.

Agustín Rodríguez Garavito

SOBRE EL MONASTERIO DE YUSTE Y LOS JERONIMOS

Por Valentín Soria

En diciembre de 1969 subí a la ermita del Salvador, a hora y media, o dos horas de camino desde el monasterio jerónimo de Yuste. Dejando a la izquierda la nueva línea eléctrica, y desviando a la derecha del camino viejo de Cuacos de Yuste a Garganta la Olla, cerca de un arroyo, y no lejos de la gran cueva, utilizada por los maquis hace unos años están las cuatro paredes maestras de un santuario, o ermita paleocristiana, con dos columnas hexagonales, en la división del presbiterio y de la única nave.

Tiene dirección el ábside hacia Jerusalén, hacia Israel, es decir, este-oeste. Existe un buen robledal y paredes de haber sido acotado y empleado para ganados. También hay una pila rectangular orientada en la parte sur del templo.

Se viene llamando desde hace siglos "ermita del Salvador". Recordemos que el arroyo cercano se llama hoy día "Yuste". Palabra que puede venir de "Sanctae Iustae", en honor a la santa toledana. Y el pueblo situado a la otra parte de la sierra de Tormantos, donde actuó la "serrana de la Vera", de que habla Lópe de Vega, y Vélez de Guevara, está el pueblo que debió rendir culto antiquísimo a Santa Eulalia de Mérida (Olaría, Olalla, "Laolla").

Voy a dejar constancia de un escrito informe relacionado con el cambio de nombre del pueblo cacereño Cuacos "Cuacos de Yuste". Dice así y es de la Real Academia de la Historia: "Ilmo. Señor: En relación con el oficio N^o 714 de esta Dirección General de Administración Local, Ministerio de la Gobernación de fecha 21 de octubre de 1961, relativo al expediente incoado por el ayuntamiento de Cuacos, en solicitud de cambio de denominación y enviado a esta corporación para su dictamen esta Real Academia de la Historia emite el siguiente informe:

"El Ayuntamiento de Cuacos (Cáceres) ha incoado expediente para solicitar el cambio de nombre de "Cuacos" por el de "Cuacos de Yuste". A primera vista podría parecer paradójico que habiendo pertenecido siempre Yuste al término de Cuacos pretenda Cuacos la denominación de Cuacos de Yuste. No lo es, sin embargo.

"La pretensión es justa desde el punto de vista histórico. En efecto, ha sido a través del correr de los tiempos como ha venido a mostrarse lo legítimo de

Notas

tal adición. Cuacos es Cuacos de Yuste, porque, como ha dicho en certera frase el Señor Marquez de Lozoya, Cuacos "es el verdadero complemento de Yuste".

"Así desde que el Emperador, después de una estancia de tres meses en Jaramilla, entró en el monasterio de Yuste y se instaló en él. Hubo entonces de aposentarse en Cuacos el séquito y la secretaría del César, es decir, la Corte en suma.

"Yuste "que es en la Vera de Plasencia", alberga al César y a los frailes jerónimos. Pero los más allegados, como son el mayordomo Luis Quijada y su esposa Doña Magdalena de Ulloa, residen en Cuacos, aunque muchas cartas de Quijada estén fechadas y escritas en Yuste.

"El secretario del Emperador Martín de Gaztelu va a despachar a Yuste pero fecha sus cartas en Cuacos. Por una suya de 14 de marzo de 1557 sabemos que Quijada ha dado aposento a Rui Gómez en el propio Yuste, y al secretario lo comenta como caso insólito.

"Las gentes principales que eran recibidas por el Emperador se hospedaban en Cuacos. Y allí vivió Don Juan de Austria en julio de 1558. Esto en cuanto a lo que se refiere a Cuacos en el tiempo que estuvo el Emperador en Yuste; pero por lo que respecta a las pruebas de afecto que dió el propio César a Cuacos baste recordar que, por disposición testamentaria suya para dar cumplimiento a su última voluntad el secretario Gaztelu, albacea del Emperador firma el 31 de diciembre de 1558, la fundación de un posito o alhondiga de trigo destinado a socorrer a aquellos naturales de Cuacos, que por estar necesitados, lo hubieran menester.

"Así, pues, se invirtieron los maravedises del legado imperial a Cuacos. No han olvidado, hoy, los de Cuacos, que entonces el Emperador los tuvo en su memoria.

"Y por todo ello, es natural que Cuacos se llame, en lo sucesivo, "Cuacos de Yuste". Lo que en nombre de nuestro Instituto y cumplimentando su acuerdo tengo la honra de representar a V. I. cuya vida Dios guarde muchos años.

"Madrid, 29 de noviembre de 1961. El académico, secretario perpetuo, Julio Guillén".

Siglos antes Diego Jiménez de Enciso (1585-1634) escribió una comedia sobre el retiro del Emperador en Yuste titulada "La mayor hazaña de Carlos V".

Viviendo aún el Emperador, en el monasterio jerónimo de Yuste, en 1557, un grupo de monjes jerónimos del Monasterio de San Isidro, del Campo huyeron. Entre ellos estaban Antonio del Corro y Cipriano de Valera. El primero es partidario de la libertad religiosa y la quiere hasta para los católicos. Fue profesor de teología en la universidad inglesa de Oxford y parece que en los últimos años estuvo agregado a la iglesia anglicana oficial y su obra más notable es la elegante traducción latina del *Eclesiastés*, en 1579.

Cipriano de Valera también se hizo protestante por aquellas fechas.

Recientemente en Argentina se ha levantado un monumento al jerónimo español Luis de Cabrera. Siglos más tarde un monje jerónimo español el Padre Fernando Ceballos escribe contra la enciclopedia francesa su famoso libro "La falsa filosofía, crimen de estado". Para Menéndez y Pelayo se trata de la mejor apología del siglo XVIII, donde no se deja en pie dificultad alguna de fuste contra la Iglesia.

Ya que hemos hablado del siglo XVIII dejamos constancia ahora de unos datos al margen del monasterio extremeño. En el estado venezolano de Mérida donde los españoles fundaron una famosa Universidad fue el primer obispo Don Juan Ramos de Lora, que construye la catedral en 1786. El 5 de abril de 1910 surge la diócesis brasileña de San Luis de Cáceres, sufragánea de Cuiba.

El 30 de junio de 1406 (A.C.A.C. Reg. 2.259. f. 25, Valencia, A.N.A.B.A., págs. 19-20, 1968) encontramos al prior de Talavera en una curiosa tarea: "Licencia de buscar tesoros y metales ocultos, concedida por el rey Martín I, a Pedro Roig, prior de Talavera, de la orden de San Juan de Jerusalén, y Exalon, de Saulo, sarraceno oriundo de Flix".

En el siglo anterior encontramos una carta fechada en Daroca del 10 de octubre de 1335 que habla de un sarraceno de Plasencia: "Nos, infans Petrus, etc. Tenoris presentis carte nostre absolvimus, definimus seu relaxamus tibi, Ismaeli, sarraceno loci de Plasencia, omnem accionem questionem et damandan et omnem penam civilim et criminalem et aliam quamlibet..." (A.C.A. Reg. 576, f. 153).

AMADO RUIZ DE NERVO

Por David Mejía Velilla

Nervo fue un tiempo poeta asilado de París. Y, como Darío, anduvo de diplomático por países de América y por España. Cultivó también entrañables amistades entre los altos literatos de la época —fin de siglo, comienzo de siglo—... y caminante fue, y peregrino, y navegante de mares, de mundos, de paisajes, por países europeos y por tierras de América. ¿Quién, pues, no lo catalogaría en la literatura con las señales de los poetas viajeros: cosmopolita, modernista, rebelde; y todo lo demás, de bueno y de menos bueno, que conformó o que se adhirió a esos "espíritus del trópico" que navegaron por todas las corrientes de la desarreglada "Europa fin de siglo"? —Sin embargo, Amado Ruiz de Nervo fue impermeable a todo eso. Poeta, Nervo, asilado, más que en París, en su torre de marfil provinciana —y aldeana... ¡monacal tal vez!—, y aislado del ruido de las multitudes en medio de las multitudes y ajeno a toda parla —culto e inculto ¡qué más da!—, de salones y de viajes, de poetas locuaces y andariegos.

Fue Nervo hombre "de vivir hacia dentro" (de vivir con el fondo del alma, como decía Larreta)..., y hombre que buscó la trascendencia, y los caminos del alma, por si topaba con Dios alguna vez: "Si Tú me dices ¡ven! lo dejo todo...". No encontró a Dios hasta el final de sus días. Por qué? —Porque siempre anduvo solo en esta búsqueda, y para encontrar a Dios, lo más derecho es andar en buena compañía. Durante su última enfermedad, estuvo a su lado José Zorrilla de San Martín, que le dio una amistad fecunda y calurosa, para llevarlo hasta Dios. Y sabemos que Nervo, por fin, descansó en un reposo que debió estar lleno de poesía interior —siempre es interior la poesía—... En esos días que antecedieron a su muerte, no escribió nada; pero es seguro que cató sus más íntimos cantos, sinceros, poblados de silencio, por la encontrada fe, por la poderosa esperanza que debió acompañarlo hasta la muerte.

En *Cabezas*, ese bello libro de Rubén Darío, hallamos esta descripción de la persona y del pensamiento de Amado Nervo:

"En varias ocasiones he escrito sobre la singular personalidad de Amado Nervo, y siempre con igual simpatía y con el mismo *intellecto d'amore*. ¡Ha sido tan gentil compañero de sueños, en nuestra París amado, hace ya tanto tiempo! ¡Y es tan sutil poeta, tan comprensivo artista y tan dulce filósofo! Con decir que, a pesar de los medios a que necesariamente conduce la diplomacia, su espíritu y su

Notas

corazón de sensitivo no han sido contaminados por las promiscuidades de la carrera...

“Yo no leeré nunca sin cierta emoción el libro titulado *El éxodo y las flores del camino*, en el cual, entre versos deliciosos y prosas llenas de encanto de la juventud y del prestigio de un buen arte, recuerda, en conceptos ya de humor, ya de melancolía, nuestras horas parisienses, nuestra amistad con curiosos ejemplares de humanidad, y la persecución de los favores de Nuestra Señora y Reina la Belleza.

“La evolución de Nervo, desde *Místicas y Perlas Negras* hasta sus últimas producciones de piadosa, o irónica —¡muy suavemente!— filosofía, y sus poemas cortos y sentimentales en que un gran dolor, de los íntimos y profundos, lo ha hecho producir rítmicos y trémulos sollozos y llantos, es de un gran interés en el conocimiento de su personalidad intelectual. Una faz nueva se le ha reconocido: sus aficiones a los estudios astronómicos, disciplina que se aviene convenientemente con los vuelos líricos y las incursiones, en que el pegásico ímpetu es el conductor.

“Su antigua fe había tomado en los últimos tiempos un vago tinte dubitativo; mas el buen maestro Dolor le ha hecho de nuevo recordar la senda azul. Y luego, siendo favorecido por la Lira, tendrá siempre tiempo de ver reflorar la primavera, con ojos si concedores de los lacerantes duelos, siempre brillantes al resurgir de las auroras y al inmortal llamamiento de las esperanzas. El poeta está intacto. No es Amado Nervo el que la duquesa conoce, el que la marquesa invita a almorzar, el que tiene ya honrosamente marchitos los oros de su casaca diplomática. El sabe bien que en los salones, y sobre todo delante de sus colegas —como no sean de la familia apolínea— no está bien confesar intimidades con las Piérides, ni proclamar afección al viejo y sagrado laurel, a menos de ser poeta como tal excelentísimo señor ministro, que lo mismo confecciona un soneto circunstancial que pone asombro en los más intrépidos jugadores de *bridge*. ¿Sabrá el *bridge* ya Amado Nervo?...

“Lo que sí sabe, y sabrá siempre, es infundir en sus versos, que se visten de sencillez y de claridad como las horas de cristal que anuncian la paz de los amables días, un misterio delicado y comunicativo que nos pone en contacto con el mundo armonioso que crea su voluntad intensa.

“A veces se creería en un desmayo de energía o en un desvío de forma. No hay nada de eso. Los concedores saben lo que hay que saber para llegar a conmover lo hondo de nuestro sensorio con los procedimientos menos complicados, más simples y transparentes. Todo ello está, por cierto, lejos de la pirotecnia verbal y de los descoyuntamientos de pianista, que suelen tomarse como distintivos de una fuerza poética incontestable, y que se achaca al influjo de un modernismo —llamémosle así— que no hizo bien sino a quienes se lo merecían.

“Una particularidad que he advertido en Amado Nervo, desde sus obras de comienzo, es un vago soplo bíblico que suele hacerse percibir en estrofas que se dirían acompañadas de música sacra.

“No olvidaré nunca la Semana Santa que pasara en París, allá por el tiempo de la Exposición, en constante compañía del pintor Henri de Groux, de otro pintor mejicano, de un joven gallardo aficionado al teatro, también mejicano, y de Amado Nervo. Una noche, este soñador se nos desapareció, y hartos de buscarle en los lugares que solíamos frecuentar, se me ocurrió indicar que probablemente le encontraríamos en una de las iglesias en donde, por las sagradas celebraciones, se cantaba canto llano y se sonaban órganos sabios. Le buscamos, pues,

en varias de ellas, y por fin le encontramos, lleno de fervor místico-artístico, en Notre-Dame, adonde había llegado después de recorrer a Saint-Severin, la capilla de la Sorbone, Val de Grace, Saint-Sulpice, hasta que fue a recalar en la catedral, que, según un hugólatra, es la *H* del nombre Hugo.

“Había que oír, en aquel tiempo, a Amado Nervo, a quien yo llamaría fraile, o monje del arte. Su unción, su saber de cosas religiosas, su aire mismo, daban idea de un admirable oblató, de un seguidor de Huysmans, a quien desde luego el mejicano ponía sobre su cabeza. ¡Todo pasa, en verdad, y la juventud más pronto que todo! De aquellos años quedaron para el poeta los versos, impecaderos, y un amor, percedero, cual la triste carne que Dios nos dió como armadura, frágil armadura, ante lo inevitable. El poeta ha clamado trenos y elegías. ¡Mas es suya el alba de oro!”.

Ruiz de Nervo nació en Tepic, México, en 1870; y murió en Montevideo, en 1919, cuando desempeñaba el cargo de ministro plenipotenciario de su país en la Argentina, Uruguay y Paraguay. Autor de novelas y cuentos: *El Bachiller*, *Otras Vidas*, *El Diablo Desinteresado*, etc., y de varios libros de poesía y prosa poética —*Místicas*, *Perlas Negras*, *Lira Heroica*, *Serenidad*, *Elevación*, *Jardines Interiores*, etc.—, hay dos magníficas ediciones de sus obras completas: una, en treinta y tres volúmenes, de la Biblioteca Nueva de Madrid; y otra, en dos tomos, de la Editorial Aguilar.

Nervo es poeta provinciano: pero no como Gabriel y Galán, sencillo y anecdótico... Como nadie, lírico, voz más espiritual que sensitiva. Culto, y en ascenso constante a las mayores claridades de la inteligencia y el sentimiento.

Ruiz de Nervo es el poeta que más fama y gloria ha dado a la literatura mexicana y, junto con Darío, a la poesía americana.

Al cabo de los años —¡ahora!— la poesía se ha abierto caminos que nadie antiguamente advirtió, aunque los transitaron siempre los grandes poetas de todos los tiempos: se abrieron esos caminos a todos los poetas, caminos despojados de la retórica y sus limitaciones. Y a mí me parece que de este modo la poesía cobró provecho grande: porque la poesía, ese conocimiento alógico de la belleza y de sus altos destinos —que otras veces es la belleza misma accesible a la humana razón—, se entrega entonces, tan fácilmente, a los que la buscan. Y vive nuestras vidas, en todos los lugares. La poesía está aquí, podemos decir. Y nos llama con la forma de cada cosa, con la voz de cada cosa, con la presencia y con la ausencia de cada cosa.

Y volvemos a Ruiz de Nervo, y concluimos. Poeta de México y de América. Poeta que labora “hacia dentro”. Provinciano —con toda la paz y el amor y la belleza de la provincia: y también de la provincia interior. Parado y caminante, hombre que huella los caminos luminosos de la América que empieza.

BECQUER EN LA POESIA HISPANOAMERICANA

Por José García Niño

Estamos en el centenario de la muerte de Bécquer. Toda la poesía contemporánea ha girado y gira en torno a su mantenimiento e influencia. Ningún poeta como él ha tenido una permanencia tan sutil y tan segura en las generaciones que

le han sucedido. En cuanto su nombre fue definiéndose y aclarándose, entre las batidas y confusas aguas que sucedieron al Romanticismo, ha quedado ya como un punto fijo, como una estrella indeclinable, en cualquier valoración que se haga de la poesía contemporánea. Hasta aquellos poetas en español, que más justificadamente —al menos en apariencia— podían estar lejos de la estética del poeta de las “Rimas”, han sabido salvar sus versos, y acogerse a ellos, y liberarlos de una caducidad que podía parecer lógica desde determinados supuestos actuales. La estimación de la poesía becqueriana por los poetas de la generación del “27” puede ser uno de esos vados de tránsito difícil que ha afirmado con autoridad la vigencia de su figura, pero ocurre con Bécquer lo que con algunos de los verdaderos y sustanciales valores del arte en general, que nunca se puede saber hasta qué límites llega su influencia, hasta qué rincones se expande su lección.

Así nos cabe preguntarnos, y bien ambiciosamente, cuál es su magisterio y su honda repercusión en la poesía hispanoamericana. Porque un poeta como él, hecho mucho más de sustancias que de formas, más de inaprehensibles esencias líricas que de constantes fijadas por un tiempo; un cantor así, decimos, tendrá siempre unos ámbitos que le pertenecerán sin que seamos capaces de concretarlos en obras o en nombres definitivos.

Bases positivas. — La poesía post-romántica y modernista es, indudablemente, la que ha marcado las bases positivas de lo que ha sido y es toda la poesía hispanoamericana. Tanto que de América misma salen gran parte de los puntos de apoyo más firmes para toda la poesía contemporánea en castellano. No podemos hablar de esta poesía “total” en español si prescindimos de nombres como los de Rubén Darío, Huidobro, Vallejo, o Neruda... Y en esos orígenes de la poesía esencialmente hispanoamericana, que arrancan de los finales del siglo diecinueve, el nombre de Bécquer, o mejor aún, la prodigiosa onda sensible de su poesía, da sentido y posibilidades a toda la lírica de un continente. El mismo poeta decía que hay una poesía “que brota del alma como una chispa eléctrica, que hierde el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificios, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía...”. Y, por esos caminos, adivinados o propuestos por el poeta, ha discurrido lo mejor de la lírica hispanoamericana de casi un siglo. Sentimiento por encima de toda manera de artificio, chispa que salta con una forma libre.

Sensibilidad como don primero, y como balance definitivo en un orden de valoraciones. Mantenimiento de aquellas constantes románticas que hacían salvadora la palabra por su propia esencia natural y conmovida. Mientras algunas formas de poesía en español —válida y de gran calidad, por otra parte— se cristalizaban en modelos de más europea actualidad, quedaba siempre en la lírica hispanoamericana más audaz, un poso de sentimentalidad desnuda, de comunicación íntima y sencilla, que era consecuencia y vecindad de las esencias becquerianas.

Inspiración de Rubén. — Que el trasvase no haya sido tan directo muchas veces, no quiere decir que no haya resultado profundo y extenso. ¡Cuánto Bécquer habrá llegado a las nuevas sensibilidades por las sendas de Darío y de muchos de sus seguidores...! La inspiración becqueriana en Rubén es patente. Charles Fraquer y Carlos G. Espresati han escrito luminosos trabajos al respecto. En “Abrojos”, de Darío, se puede seguir la pauta rubeniana con impresionantes coincidencias. Pero más que esta huella marcada por una inmediata impresión, por

una fiel admiración seguidora, tendríamos que perseguir en el gran poeta de Nicaragua, esa honda órbita sensible que dirige siempre y a lo largo de toda su obra su conmovido corazón. Ahí está la impronta becqueriana permaneciendo, latiendo incesante.

Y desde ahí, una portentosa cadena de nombres vendrán a darnos memoria y presencia del poeta de las "Rimas". Eugenio Florit y Torres Morales han seguido con gran agudeza las influencias de Bécquer en Martí. "Ismaelillo" y "Versos Sencillos" están presididos en muchos aspectos por la lira becqueriana. Porque ocurre con Bécquer algo que señala con verdadera inteligencia Torres Morales, que su influencia se da en voces que podían suponerse muy distantes de su poesía, así en Martí "cuando su vocación heroica lo empujaba hacia un tipo de poesía de acción y vigorosa, tal vez más cercana a la sonoridad combativa de un Víctor Hugo".

Pero si se ha escrito ya sobre la huella de Bécquer en poetas como Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, Amado Nervo o Julio Herrera y Reissig, sígase con cuidado la obra de otros poetas de Hispanoamérica donde la inspiración becqueriana permanece. Superaría el espacio de que hoy disponemos una nómina completa o aproximada, pero queden anotados unos nombres. Aún antes del movimiento modernista, léase al boliviano Rosendo Villalobos: "y tal vez tras la dicha de adorarse / venga el olvido ya"; al ecuatoriano Remigio Crespo Toral, al venezolano Gabriel E. Muñoz... Y ya en plena eclosión modernista, aparte de los citados, fijémonos en la obra de Lugones, o en la del boliviano Ricardo Jaime Freyre, o en la de los mexicanos Amado Nervo y Enrique González Martínez... Leamos en el Perú a González Prada y a Santos Chocano, y en El Salvador a Francisco Gavidia...

Y seguirá viviendo Bécquer en el ámbito post-modernista con el colombiano Porfirio Barba Jacob, y con el uruguayo Julio J. Casal, y con el chileno Carlos R. Mondaca, y con los peruanos Eguren y Ureta, y con el argentino Fernández Moreno y el cubano Agustín Acosta...

Y traemos, intencionadamente, en párrafo aparte, a ese haz de poetisas de América, donde la voz de Bécquer está viva, trascendiendo humanidad y sensibilidad amorosa: desde la cubana Juana Borrero o la uruguaya María Eugenia Vaz Ferreira, hasta esas cumbres de la poesía contemporánea que se llaman Gabriela Mistral, Delmira Agustini, Alfonsina Storni o Juana de Ibarbourou...

No, no ha muerto el poeta hace cien años. El es "sobre el abismo el puente que atraviesa". El puente que nos llega, que nos seguirá llegando con los nombres nuevos de la poesía.

CENTENARIO DE LA MUERTE DE DICKENS

Por Ramón L. Acuña

"En 1837 comenzaron en Inglaterra dos reinados, el de la Reina Victoria, y el de Mr. Pickwick", el personaje principal de la primera novela de Charles Dickens. Así fechan los historiadores la irrupción del gran escritor en la vida inglesa. Tal es su fuerza.

El día 9 de junio de 1870, cuando moría Charles Dickens en Gad's Hill Place (Rochester) a los 58 años, ya hacía más de treinta que el favor del público se mostraba generoso con sus novelas.

Notas

En efecto, desde que los editores Chapman y Hall decidieron probar suerte y encargarle una novela humorística por entregas —“Los papeles del Club Pickwick”— comenzó una de las carreras literarias más populares que en el mundo han sido. Para ello, en sus narraciones mal construídas y a menudo demasiado complicadas, fue Dickens melodramático, bueno, suave, benigno, con cierta tendencia a la sensiblería y un humor bondadoso aquejado de inversomilitud.

El público lo seguía con admiración ciega, devorando sucesivamente “*Oliver Twist*” (1838), “*Nicolás Nickleby*” (1839), “*La tienda de antigüedades*” (1840), y sobre todo “*David Copperfield*” que apareció en 1849 y que es su obra maestra. Mientras los críticos hablaban de deficiencias de estilo, de que se dejaba ir hacia la vulgaridad y de amanramiento.

Pero ya hemos dicho cómo fechaban los historiadores su aparición en la vida inglesa.

En 1936 se celebró en Gran Bretaña el primer centenario de Mr. Pickwick como si hubiese sido un personaje real, y se brindó a la memoria del inmortal Dickens y a la memoria del inmortal Pickwick. Ahora el 9 de junio tuvo lugar el centenario de la muerte de Dickens.

Elevado a categoría casi mítica en los países anglosajones, el escritor sigue, pues, siendo leído en el resto del mundo occidental. Sus personajes y la trama de sus novelas están aún vivos. No se ha dejado de prestar atención a su obra, y en todo caso a su vida, de donde salió aquélla.

Una infancia amarga. — Vida, carácter y concepción del mundo las de Dickens, que aparecen como trasunto en sus grandes novelas, de forma que puede decirse sin lugar a dudas que éstas corresponden a las distintas épocas, estados de ánimo y acontecimientos de su existencia.

Su infancia fue decisiva. Nacido en Landport (Portsmouth) en el año 1812, hijo de un empleado de la Administración de la Armada, pronto iba a conocer Dickens el reverso de la medalla de una de las épocas más brillantes de Inglaterra. Su familia se trasladó a Londres. Allí su padre fue encarcelado por deudas. El pequeño Carlos, ya a los doce años, comenzó a trabajar en una fábrica de betún para el calzado, destino muy común a los niños de su época.

Este primer y atroz choque con el mundo había de ser —como hemos dicho— decisivo y conformar su vida posterior influyendo en la manera de ver el mundo que aparece en sus novelas y que reúne muchas de las cualidades y perspectivas de la mirada infantil. Pero sobre todo, esta iniciación le ha servido a Dickens de magnífico material experimental que transformaría en obras enteras, amargas y melancólicas, como “*La tienda de antigüedades*” y “*Nicolás Nickleby*” y que está presente en toda su obra. Sin embargo, a pesar de estar tejidas alrededor de estos materiales tan realistas, son sus narraciones imaginativas, y llegan a la misma frontera de lo irreal.

Misión: Entretener. — Fue una herencia la que vino a solucionar un tanto la precaria situación. Dickens pudo estudiar entonces, fue pasante de notario, y a los 18 años entró en el periódico “*Morning Herald*” como taquígrafo parlamentario. Comenzó casi inmediatamente a escribir en los periódicos relatos que luego agruparía en un volumen llamado “*Esbozos de Boz*”, hasta que al fin le ofrece la primera oportunidad Chapman y Hall.

Esta casa editorial aún existente y bajo el título de “*Dickens 70*” publica ahora una serie de ensayos sobre el gran autor, que dirige un lector de la Uni-

versidad de Londres, especialista en Dickens, Mr. Slater. Pretende Slater que “la influencia de Dickens en la novelística moderna es inmensa”, y asegura que “cada nueva generación descubre algo nuevo en Dickens”.

Inmediatamente le sobrevino el éxito. Casado con la hija del director del “Morning Chronicle”, Catherine Hogarth, se convirtió en un escritor muy fecundo, mezclando siempre en sus temas un humorismo amable con la tristeza y la melancolía, y pronto obtuvo la gloria.

Arremetió contra la pena de muerte en “Barnaby Rudge”, criticó la vida en las prisiones en “La pequeña Dorit”, y siguió escribiendo acerca de la pobreza que tan de cerca había conocido. No obstante nunca fue considerado ni se consideró a sí mismo como un pensador. Creía que su misión era entretener, encantar con sus novelas, como dice de él Santayana. Nada más.

De este espíritu combativo diluído un tanto en su obra literaria de creación, es síntoma el hecho de que no dejara el periodismo. En 1846 funda el “Daily News”.

Piedra de escándalo. — Una primera temporada en los Estados Unidos abre una etapa viajera en su vida, que iba a tener como escenario de preferencia, el Continente. El primer viaje aparece como siempre reflejado en una obra, “Notas Americanas”, en donde explica su decepción ante su descubrimiento del Nuevo Mundo.

En 1860, año de aparición de “La pequeña Dorit”, a los 45 años, es Dickens piedra de escándalo. Abandona a su mujer, Catherine, y a sus diez hijos, y se une a Elen Terman, una actriz de dieciocho años. Nueva unión que resulta decepcionante si creemos lo escrito en “Grandes Esperanzas” (1861) y en “Nuestro Común Amigo” (1864). Su reputación quedó desde entonces mal parada en una Inglaterra victoriana muy atenta a estas cuestiones.

En 1868 vuelve a los Estados Unidos y obtiene grandes triunfos en sus conferencias, y dinero. Un año más tarde comienza una novela de intriga “El misterio de Edwin Drood”. La muerte le sorprende. Ha de dejarla inacabada.

Un escritor popular. — Incluso las cosas, los objetos que aparecen en sus obras cobran esta extraordinaria vida y carácter que Dickens comunica a sus creaciones y a sus personajes, ha dicho de él el escritor contemporáneo J. B. Priestley. Y está en lo cierto. Las casas, los muebles, los objetos familiares “viven” en Dickens.

Algunos se han querido conservar en los museos ingleses dedicados a sus obras.

Y ahora, aparte de otros actos conmemorativos que se celebrarán el día 9 de junio, como la función solemne de la Abadía de Westminster en el Rincón de los Poetas donde está enterrado, aparte de los seriales televisivos de la BBC, de los libros editados, de los banquetes, sus objetos, sus museos cobran nueva importancia.

En Londres, abierta siempre a los turistas, y estos días con más actividad, está la “tienda de antigüedades”, cerca de Fleet Street, la calle de la prensa. Pero no se sabe a ciencia cierta si es la verdadera inspiradora de la trama u otra posterior.

También en Londres se conserva la “Casa de Dickens”, en cuyas habitaciones escribió “Oliver Twist” —ahora en las pantallas españolas en forma de film— y “Nicolás Nickleby”.

Notas

La residencia donde murió, el Swiss Chalet, en Gad's Hill Place, fue trasladada al centro de Rochester. La habitación superior donde trabajaba, se conserva como en la época de Dickens. Es sobria. Tiene una mesa, una silla y una papelera. Sobre la mesa están las últimas páginas de "El misterio de Edwin Drood".

He aquí algunas reliquias literarias de uno de los escritores más leídos de todos los tiempos, al que Pío Baroja, su gran admirador, no dudaba incluir entre los más grandes:

"Hay escritores populares de los más grandes que se mueven en sus obras con una libertad absoluta y llegan pronto al gran público. Aciertan porque tienen genio, intuición. De éstos son los más representativos Shakespeare, Cervantes, Villon, el Arcipreste de Hita, el autor del *Lazarillo*, Dickens y Dostoyevski".
